La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 15 de septiembre de 1890 — Núm. 455

SUMARIO

UNA COMISION BARCELONESA

EN ITALIA

En el número 441 de La Ilustración Artística publicamos un grabado, reproducción de la corona de hierro dedicada por Barcelona y la colonia italiana barcelonesa á la memoria de D. Amadeo de Saboya, ex rey de España, y al hacer la descripción de dicha corona en cuanto obra artística que honra á la casa F. Masriera y C.ª, indicamos también el objeto que guiaba á barceloneses é italianos al costearla por suscripción pública y voluntaria.

La comisión constituída para recaudar los fondos al efecto juzgó oportuno acompañar á la corona una misiva de pésame al rey Humberto I y otra al primogénito del duque de Aosta, y á este fin mandó extender una y otra en pergamino y con caracteres góticos modernos, exornando la escritura con iniciales y adornos primorosamente iluminados y uniendo á la primera un sello que llevaba estampado el escudo de Barcelona, pendiente de una ancha cinta, tejida ex profeso con los colores nacionales italiano y español.

Al tratar de hacer llegar á su destino estos objetos consideró también que, con preferencia á cualquier otro medio de envío, debía encargarse de ello una comisión que depositase la corona en la tumba del príncipe Amadeo y entregase los pergaminos en manos de las augustas personas á quienes iban dirigidos. Así lo hizo, quedando compuesta esta comisión de los Sres. Pujol y Fernández, concejal del Ayuntamiento de Barcelona; Squinabol, comerciante y ex vicecónsul de Italia; Canadell, banquero y armador; Pirozzini, individuo correspondiente de la Academia de Bellas Artes de San Fernando; Buogo, comerciante; Ferri, ingeniero; y el redactor de La Ilustración Artística que traza estas líneas. Esta comisión se encargó también de llevar dos elegantes álbums de fotografías del monumento erigido á Colón en nuestra ciudad, uno para el rey Humberto y otro para el Municipio de Génova, y además una medalla de plata, encerrada en un rico estuche con iniciales de oro y granates, ofrecida por la Junta directiva de la

VIAJE DE LA COMISIÓN BARCELONESA Á ITALIA



Vista de la Basílica de la Superga, en Turín, donde está enterrado el príncipe Amadeo de Saboya

Exposición Universal á S. A. el duque de Génova, como recuerdo de su visita á dicha Exposición. Por último, los Excmos. Sres. gobernador y alcalde de Barcelona tuvieron á bien confiarla cartas en que saludaban á sus colegas de Génova, Turín y Milán. Partió la comisión mencionada el 7 de agosto último, y á su paso por Marsella fué recibida y obsequiada con un desayuno por el cónsul de Italia y los presidentes de las diferentes sociedades italianas de dicha ciudad. Tres horas solamente se detuvo en ella, y prosiguió el viaje, habiendo llegado á Génova á hora avanzada de la misma noche.

El recibimiento que en aquella ciudad se le hizo fué entusiasta y cordialísimo. Todas las autoridades la estaban esperando en la estación del ferrocarril, que se hallaba además ocupada por un numeroso gentío, y después de darle la bienvenida en los términos más afectuosos, la acompañaron en lujosas carretelas al magnífico hotel Isotta, donde el Municipio le tenía preparado alojamiento en sus principales y elegantísimas habitaciones.

Al otro día el Ayuntamiento celebró una recepción en su palacio en honor de los comisionados, á los cuales fueron á buscar algunos concejales que los acompañaron en coche á dicho edificio, penetrando en él la comitiva por entre una doble fila de individuos del cuerpo de bomberos, vestidos de gala y presentando las armas, y á los acordes de la marcha real española que la banda municipal tocaba en el vestíbulo.

El síndaco ó alcalde, rodeado de los concejales, recibió á la comisión barcelonesa en el espacioso salón principal, y reprodujo sus frases de bienvenida, dando gracias á los delegados barceloneses por la elevada misión que iban á cumplir y haciendo votos por la prosperidad de España, de su rey, de su augusta madre y de la ciudad de Barcelona. El Sr. Pujol y Fernández le contestó, agradeciendo á su vez en nombre de la comisión los obsequios que á ésta se hacían, y expresando análogos deseos con respecto á Italia, á su monarca y á Génova. En parecidos términos se expresó también el Sr. Canadell. Hecha entrega por el Sr. Pirozzini del álbum que para el Municipio de Génova llevaba, los comisionados pasaron á visitar las diferentes dependencias de aquel palacio, y luego, acompañados del síndaco y algunos concejales, continuaron visitando el Museo de Bellas Artes, la Universidad, la catedral, la iglesia de la Anunziata y el magnífico hospital de la duquesa de Galliera.

Por la noche se celebró el banquete de gala dispuesto por el Ayuntamiento en honor de la comisión y al cual estaban invitadas todas las autoridades y personas notables de Génova. En dicho banquete, suntuosa y profusamente servido, reinó la mayor cordialidad y sobre todo una deferencia extraordinaria para con los españoles, los cuales manifestaron toda su gratitud por ella en los brindis con que contestaron á los del síndaco, del prefecto y de otros comensales italianos, todos ellos inspirados en el más vivo afecto á España y á la dinastía en ella reinante. La banda municipal obsequiaba en el interior con una serenata á los huéspedes extranjeros, estrenándose en ella una preciosa mazurca original del director de la banda, quien la dedicaba á Cataluña, y que entregó como recuerdo la partitura á la comisión barcelonesa.

A la mañana siguiente, la Compañía nacional de navegación italiana dispuso en obsequio de los barceloneses una excursión marítima y un *lunch* á bordo del soberbio vapor *Domenico Balduino*, excursión en la que hicieron con suma amabilidad los honores el director de la compañía Sr. Crespi y el capitán del buque Sr. Gavino, los cuales invitaron también á las autoridades y principales personajes de la población, así como á una representación de la prensa. Aquel paseo de cinco horas por el amenísimo golfo de Génova, cuyos pintorescos puntos de vista no se cansaban de admirar los comisionados, fué uno de los agasajos de que conservarán éstos más agradable recuerdo.

Por la tarde el prefecto Sr. Municchi, funcionario altamente simpático, obsequió á la comisión con otro banquete, en el que italianos y españoles pronunciaron asimismo elocuentes é inspirados discursos, y después varios concejales condujeron á los segundos al teatro del Politeama, único abierto á la sazón en Génova.

Dedicó la comisión la siguiente mañana, siempre acompañada de las mismas complacientes autoridades, á visitar el campo santo de la ciudad, abundante en escultóricos sepulcros, algunos de relevante mérito, y al mediodía partió para Turín, siendo despedida cariñosa y cortésmente en la estación por las mismas personas que la habían recibido á la llegada.

En Turín el recibimiento fué más entusiasta si cabe que en Génova. Autoridades, corporaciones, personajes distinguidos y un numeroso gentío llenaban el espacioso ámbito de la monumental estación, y la comisión barcelonesa, después de las obligadas presentaciones, pasó á ocupar los coches que se le tenían preparados entre una doble fila de individuos del cuerpo municipal de bomberos que, vestidos de gala, presentaban las armas, á los ecos de las marchas reales española é italiana y saludada con vivas y aclamaciones por el pueblo que ocupaba todo el trecho comprendido entre la estación y el hotel de Europa, situado en la plaza del Castillo, hotel en que el Ayuntamiento le tenía ya dispuestas lujosísimas habitaciones.

A las ocho de la mañana siguiente procedió la comisión hispano-italiana á desempeñar la principal misión que la había llevado á Italia, la de depositar la corona costeada por los barceloneses en la tumba del malogrado príncipe Amadeo de Saboya. A dicha hora acudieron en su busca el síndaco, la junta municipal y el dignísimo cónsul de España Sr. Conde Gani, y todos se encaminaron á la colina de la Superga, á cuya cumbre ascendieron en el ferrocarril funicular. En esta cumbre se asienta, á 733 metros sobre el nivel del mar, la magnífica basílica que representa nuestro grabado y en la que está el panteón de los príncipes de la Casa de Saboya. Dicha basílica, obra maestra del famoso arquitecto Juvara, es un templo grandioso y de bellísimas proporciones, dedicado á la Virgen María y mandado construir por el duque Víctor Amadeo II en acción de gracias por la victoria alcanzada en 7 de Septiembre de 1706 sobre el ejército francés mandado por el duque de Orleans, que hacía cuatro meses tenía puesto estrecho cerco á Turín.

La comitiva fué recibida por el abad Pavarino, quien después de darle la bienvenida la condujo á contemplar el templo, y acto continuo á la cripta donde, ya en artísticos mausoleos ó ya en grandes nichos, duermen el sueño eterno cuarenta y cuatro individuos de la familia real de Saboya.

El acto que allí tuvo lugar fué verdaderamente solemne. Delante del nicho que guarda los restos del duque de Aosta se colocaron dos individuos de la comisión, los Sres. Squinabol y Pirozzini, el primero italiano y el segundo español, sosteniendo la artística corona; enfrente de ellos, los otros delegados, y formando semicírculo, el abad, las autoridades y demás invitados á la fúnebre ceremonia. Entonces los señores Pujol y Fernández y Canadell pronunciaron sentidos discursos alusivos al acto, y el abad Pavarino, con acento conmovido, dió las gracias á Barcelona y á la comisión por aquel homenaje, que calificó de nobilísimo.

Por la tarde los barceloneses fueron á visitar al síndaco Sr. Voli, que los recibió acompañado de toda la junta municipal en el salón de sesiones del Ayuntamiento, y durante la visita le entregaron aquéllos la carta que llevaban del Excmo. Sr. alcalde de Barcelona, así como mil pesetas, sobrante de la suscripción de la corona, destinadas á la del monumento que se debe erigir en Turín á la memoria del duque de Aosta. El Sr. Voli recibió con vivas muestras de agradecimiento la carta y la expresada cantidad, y manifestando á los comisionados que quedaban desde luego invitados á asistir á la inauguración de aquel monumento, les indujo cortésmente á aceptar la invitación. Visitaron luego al prefecto Sr. Conde Lovera, que los acogió con no menor afabilidad y les hizo los honores de su palacio, y en seguida, acompañados por el cónsul de España Sr. Conde Gani, y dos concejales, fueron á ver el suntuoso Palacio Real y la Armería, y dieron un paseo por las principales calles de aquella hermosa ciudad.

Por la noche se celebró en un magnífico salón del hotel de Europa el espléndido banquete que el Ayuntamiento daba en honor de la comisión italo-española, figurando entre los invitados, además de todas las autoridades civiles y militares, senadores, diputados, industriales, representantes de la magistratura y del magisterio, presidentes de diferentes corporaciones é individuos de la prensa local. Los brindis que se pronunciaron en este banquete fueron muchos y expresivos y, como en Génova, inspirados todos ellos en los sinceros y recíprocos deseos de la prosperidad de ambas naciones y de sus respectivas dinastías.

Los comensales dirigiéronse al terminar el banquete á los balcones de la fonda para oir la serenata que la banda municipal dedicaba á la comisión, y al asomarse ésta á aquéllos fué saludada con un atronador aplauso en que prorrumpieron unánimes las innumerables personas que llenaban por completo la espaciosísima plaza del Castillo. Aquella espontánea é inesperada muestra de simpatía por parte de un pueblo que tiene fama de no prodigarlas, llenó de emoción y de gratitud á los barceloneses, que saludaron á la muchedumbre agitando sus pañuelos y aplaudiendo á su vez cuando la música entonó la marcha real italiana. Por espacio de algún tiempo resonaron en la plaza continuos vivas á Italia, á España, á Barcelona y á Turín.

No hubieran terminado aquí los obsequios, pues el prefecto tenía algunos preparados para el otro día; pero la comisión, avisada por un telegrama del mayordomo de la casa real de que S. M. la esperaba en Monza á las seis de la tarde siguiente, hubo de marchar á Milán en la mañana de dicho día. La despedida en Turín fué tan lisonjera y cordial como el recibimiento, y los comisionados partieron profundamente impresionados por los inmerecidos agasajos de que se les había colmado.

En Milán los esperaban también las principales autoridades, el mayordomo de la casa real Sr. conde de Santa Rosa, un ayudante de campo de S. M. y el distinguido cónsul de España Dr. Broca.

Condujéronles al elegante hotel Continental, y poco después una comisión del Municipio fué en su busca para acompañarlos á visitar á las autoridades local y provincial y á ver la admirable catedral y demás principales monumentos de la ciudad, y terminado este rápido paseo, la comisión se trasladó en un tren á Monza para ofrecer sus respectos á S. M. el rey Humberto.

Llegada á la estación de aquella ciudad, subió á los coches de la casa real que la estaban esperando, y la condujeron á Palacio. El rey, con extremada bondad, se dignó salir á recibirla á la meseta de la escalinata exterior del edificio, donde el Sr. conde de Santa Rosa le fué presentando sucesivamente á los comisionados, á cada uno de los cuales estrechó S. M. la mano. Pasó luego seguido de éstos á un salón en el que conversó afablemente con ellos, presentándoles á S. A. el conde de Turín, hijo segundo del príncipe Amadeo; y después de aceptar con manifiesta gratitud los pergaminos y demás presentes que respetuosamente le ofrecieron, les convidó á dar un paseo con él por el dilatadísimo y frondoso parque del palacio. Entretanto, el conde de Santa Rosa había manifestado á los barceloneses que el rey se complacía en honrarlos invitándolos á su mesa, haciéndoles saber además que mientras permaneciesen en Milán serían huéspedes de S. M.

En efecto, de regreso del paseo aquéllos tuvieron el honor de comer con el monarca, quien durante la comida sostuvo una animada conversación, expresándoles su agradecimiento por el homenaje tributado á su inolvidable hermano, añadiendo que recordaba con complacencia la cariñosa acogida de que fué objeto en su viaje á España y asegurando que no olvidaría aquél ni ésta. Sin duda en confirmación de sus palabras, se dignó beber el Champagne en honor de cada uno de los delegados, honor que éstos agradecieron profunda y reverentemente.

La comisión, al partir, significó á S. M. toda su inmensa gratitud por las inmerecidas atenciones y honores que de él ó por su orden había recibido desde su entrada en Italia, y el rey, al despedirla, volvió á darle las gracias por la piadosa y delicada misión que había cumplido, y la acompañó hasta la misma escalinata donde horas antes la recibiera, estrechando otra vez la mano á cada uno de los delegados.

Aceptando la galante invitación del Ayuntamiento de Milán, fueron éstos al día siguiente á visitar la maravillosa Cartuja de Pavía, acompañados de varios concejales, del profesor Magenta, perfecto conocedor de los menores detalles del soberbio templo, y del conservador del mismo, com. Rigoni. La Cartuja, cuyo actual estado es una prueba del exquisito cuidado puesto en su conservación, ofrece á la admiración del viajero tantas preciosidades artísticas que no basta para apreciarlas la rápida visita que hizo la comisión, por más que la guiaran en ella personas tan inteligentes como las nombradas. El Municipio de Milán tenía dispuesto en una celda del convento un abundante *lunch* con el que obsequió á los delegados.

Temerosos éstos de abusar de la hospitalidad del rey hubieran partido al día siguiente de Milán, pero debieron aplazar su marcha para aceptar un banquete ofrecido por el Sr. cónsul de España, y otro que con cariñosa insistencia les dió el escultor Sr. Buzzi, laureado expositor de la Universal de Barcelona.

La comisión regresó por fin á esta capital, felicitándose sus individuos por el honor recibido al confiárseles la misión en cuyo desempeño han tenido ocasión de apreciar las simpatías que el pueblo italiano siente por el español; la munificencia y bondad del rey Humberto; la cortesía y esplendidez de las autoridades; la galantería de la prensa; la actividad, laboriosidad y adelanto de las hermosas ciudades de Génova, Turín y Milán, y sobre todo, el alto aprecio que todas las clases de la sociedad han hecho del piadoso homenaje tributado por Barcelona y la colonia italiana á la memoria del duque de Aosta.

Manuel Aranda.



REGATAS Á REMOS, cuadro de F. Vezin. (Exposición de Munich, 1890.)

SECCION AMERICANA

EL DEMONIO DE LOS ANDES

TRADICIONES HISTORICAS SOBRE EL CONQUISTADOR FRANCISCO DE CARBAJAL

POR RICARDO PALMA

(Conclusión)

X

¡AY CUITADA! Y ¡GUAY DE LO QUE AQUI ANDABA!

Que el octogenario y obeso Francisco de Carbajal se pirraba por amontonar tejos de oro, es punto en que todos los cronistas convienen, sin referir de su merced un solo acto de largueza ó desprendimiento. Súplicas ó empeños no influían en su ánimo para que perdonase al enemigo, salvo cuando venían acompañados de argumentos de peso, es decir, de limpios ducados ó barrillas de metal.

A inmediaciones del Cuzco sorprendió una noche á un rico vecino, cuyo delito no era otro que haber permanecido quieto en su casa, negándose á tomar partido por Gonzalo.

– ¡Hola, seor tejedor!, le dijo don Francisco. Tejida tiene ya Cantillana la cuerda con que ha de ahorcarle. Que venga el padre Márquez y lo confiese.

El sentenciado que, aunque hombre de espíritu pacífico, no perdió la serenidad, acordóse de que el maestre de campo tenía su lado flaco, y contestó:

– Antes que con el capellán, querría confesar con vueseñoría.

Y acercándose al oído de Carbajal le dijo en voz muy baja:

– Doy dos mil pesos de oro por rescate de mi vida. ¿Acomoda el trato?

D. Francisco guiñó un ojo, en muestra de aceptación, y volviéndose á los capitanes que lo acompañaban, exclamó:

– ¡Loado sea el Señor que ha inspirado á vuesamerced á tiempo para revelarme su secreto! Y pues disfruta de privilegio de corona, vaya vuesamerced mucho con Dios, y esté seguro que, si somos contra el Rey, no somos contra la Iglesia.

Con estas palabras se propuso Carbajal alejar de los suyos la sospecha del positivo móvil de su inusitada clemencia. ¡Bueno era él para guardar respetos á gente de iglesia, él que había ahorcado en Ayacucho al padre Pantaleón con el breviario al cuello!

Cuentan de Carbajal que, en el saco de Roma, mientras sus compañeros andaban á caza de alhajas y disputándose entre ellos las prendas del botín, don Francisco se ocupaba tranquilamente en trasladar á su posada los protocolos de un escribano. Este, interesado en rescatar su archivo, pagó á Carbajal mil quinientos ducados. La soldadesca, que lo había calificado de loco porque se apoderó de pergaminos y papeles viejos, tuvo que confesar que procedió con talento, pues nadie logró en el saco de Roma provecho mayor que el obtenido por nuestro *Demonio de los Andes*. Las monedas del cartulario sirviéronle para trasladarse á México.

Pero los tesoros del avaro Carbajal tuvieron siempre la mala suerte de que otro y no él los disfrutase. Así, aunque vencedor en el combate de Pocona, los derrotados cayeron en su fuga sobre el equipaje de don Francisco, haciendo cata y cala de los tejos de oro.

Mucho dolióle al maestro de campo este percance, y pasó un mes practicando infructuosas diligencias para recobrar lo perdido. Al cabo recuperó un tejuelo. Veamos cómo.

Dados de alta entre los suyos varios de los vencidos, supo que uno de éstos, llamado Pero Hernández, estaba jugando á la *dobladilla* un tejuelo de oro. En la disciplina de aquellos aventureros era el juego lícita distracción para el soldado en las horas que el servicio dejaba libres.

Carbajal que, en el Perú por lo menos, nunca manejó los dados, encaminóse paso entre paso al garito, y entrando de rondón, dijo:

– Jueguen y huelguen los caballeros y estése queda esa moneda, que juro cierto que es muy buena.

Y puso la mano sobre el tejuelo, que pesaba quinientos castellanos, añadiendo alegremente:

– ¡Ay cuitada! Y ¡guay de lo que aquí andaba! ¡A las clines, corredor! ¡Ahora, por mi vida, que te va el recuerdo!

Y después de pelotear entre las manos la barrilla, como para acabar de convencerse de que era una de las que viajaron en su equipaje, continuó:

– Venga acá, señor Pero Hernández, que quiérole contar un cuento.

El soldado, que no creía ya su cabeza muy firme sobre los hombros, obedeció al llamamiento.

– Habrá de saber, señor Pero Hernández, que una honrada dueña quería mucho á su marido, y murióse éste; y un día, barriendo la casa, topó con unas calzas viejas del difunto; y cortando la bragueta púsola en un agujero; y cada vez que barría la casa, cuando llegaba al agujero comenzaba á bailar, cantando: – ¡ay cuitada! y ¡guay de lo que aquí andaba!

Y Carbajal, imitando á la dueña, se puso á bailar, repicando con el tejuelo y repitiendo el malicioso estribillo.

– Dígame ahora, señor Pero Hernández, ¿qué es de una carga de oro que estaba con este tejuelo, pues me faltan otros veinte de la familia?

– Señor, yo no lo sé, contestó el soldado; que este tejuelo me tocó en el reparto. En cuanto á los otros, que cada sacristán doble por su difunto, que yo no tengo por qué.

– Pues búsqueme á los hermanos y encuéntrelos, por su vida, ladroncillo de barjuleta.

Y Carbajal salió del garito canturreando muy alegre: «¡ay cuitada! y ¡guay de lo que aquí andaba!»

En cuanto á Pero Hernández, aquella misma noche tomó el camino del humo, temeroso de que á don Francisco se le antojara más tarde cobrar en su pescuezo el precio de los tejuelos.

XI

LA BOFETADA PÓSTUMA

Gran soldado y gran caballero fué el capitán Luis Perdomo de Palma, el mallorquín.

Leal á la causa del virrey Blasco Núñez de Vela, gastó cuanto poseía para equipar una compañía de piqueros y sobresalientes; mas en una ocasión sus soldados estuvieron á punto de desbandarse, alegando que su capitán les era deudor de pagas cuyo monto subía á mil ducados.

Súpolo Perdomo á buena sazón, y se presentó en medio de los amotinados.

– ¿Por qué me queréis dejar?, les dijo. ¿Heos dado motivo de agravio? ¿No os traté siempre como á hijos?

– Perdone vuesamerced, contestó el cabecilla, bueno es servir al rey, mo-

neda sobre moneda; pero ni pizca de gracia nos hace esto de batallar al fiado. Si su majestad nos ha menester, que nos pague la soldada, que vida horra y de menos peligro trae la gente del gobernador. No á su campo vamos que, señor por señor, de rebelde es su bandera; pero sí á lo de la villa de la Plata en pos del descanso y de la holgura.

Luis Perdomo de Palma frisaba ya en los cincuenta y su cabello empezaba á blanquear. Había en su persona un sello tal de altivez y nobleza, que inspiraba respeto y amor á cuantos le trataban.

Afeó con enérgicas razones la conducta de los amotinados, y éstos, arrepentidos del villano proceder, protestaron morir bajo la bandera del capitán y renunciar á las pagas.

– No en mis días, contestó su jefe, esperad un rato, que prométovos que poco he de valer ó habéis de quedar pagados esta misma vegada.

Y Luis Perdomo se encaminó á casa de un mercader y solicitó de él un préstamo de mil ducados por ocho días, tiempo en que esperaba recibir de su casa, convertidos en dinero, los últimos restos de su fortuna.

El mercader se encogió de hombros y contestó:

– Pobre prenda es una esperanza, que ella, señor capitán, puede marrar, y más en los tiempos de revuelta que vivimos. No me acomoda la prenda.

Ante la poca confianza que tan sin ambages le manitestaba el mercader, otro hidalgo lo habría echado todo á doce, tratádolo de perro y de judío y aun molídole las costillas. Pero el noble caballero se revistió de dignidad, y arrancándose un puñado de pelos de la barba, dijo:

– ¿Queréis que os empeñe por ocho días estas honradas barbas?

El mercader era también hombre de gran corazón, y descubriéndose con respeto, contestó:

– Señor Luis Perdomo, con prenda tal podéis disponer de cuanto valgo y poseo. Venid que os cuente los mil ducados.

Al vencimiento del plazo desempeñó el hidalgo los pelos de su barba.

¡Qué tiempos! Y ¡qué hombres! La semilla de éstos no ha fructificado.

¿Habrá en el siglo XIX, no digo pelos, sino barba entera que para un usurero valga medio maravedí?

Después de la batalla de Yñaquito, anduvo Luis Perdomo de Palma por dos años á salto de mata y siempre en armas contra Gonzalo Pizarro.

Francisco de Carbajal era dueño de Chuquisaca.

Luis Perdomo, que vivía oculto en un monte, á pocas leguas de la ciudad, púsose de acuerdo con el alférez Betanzos, de las tropas de don Francisco, para matar á éste el día de San Miguel y levantar bandera por el rey.

Comprometiéronse en el complot Alonso Camargo, regidor de la ciudad, Bernardino de Balboa y muchos de los soldados *de la Entrada*.

El alférez Betanzos traía en las venas sangre de Judas; porque fuése á Carbajal y le denunció los pormenores del plan revolucionario.

El *Demonio de los Andes* echó la zarpa encima á los principales conjurados y encomendó á Betanzos que, pues él conocía el sitio donde se refugiaba Perdomo, fuese con cuatro hombres de su confianza y, muerto ó vivo, lo trajese á Chuquisaca.

Era la del alba y el capitán dormía descuidado en la espesura del monte, cuando despertó sobresaltado por un ligero rumor que sintió entre las ramas.

A pocos pasos de él estaban Betanzos y sus cuatro hombres.

Perdomo desenvainó su daga y emprendió la fuga, batiéndose desesperadamente con sus perseguidores.

Había ya conseguido dejar á dos de éstos fuera de combate y logrado poner el pie sobre un grueso tronco, que servía de puente á un caudaloso arroyo de cinco varas de ancho y que corría encajonado en un profundo lecho, cuando alcanzó Betanzos á darle tan recia cuchillada en la mano derecha que ésta quedó pendiente de un tendón ó nervio.

Sin embargo, el fugitivo pudo llegar á la orilla opuesta y dar un puntapie al tronco, que fué arrastrado por la corriente.

Y aquel valiente, cuya energía no se doblegaba ante el dolor físico, se inclinó hacia el suelo, puso la planta sobre la desprendida muñeca y, haciendo un esfuerzo de sobrenatural desesperación, se arrancó con la izquierda la mano derecha y exclamó, lanzándola á la orilla opuesta:

—¡Maldita seas, mano que no has sabido defenderte!!!

Y aquella mano sin vida fué á estrellarse en la mejilla del traidor alférez Betanzos.

Algunos días después el bravo y honrado capitán Luis Perdomo de Palma fué (según lo relata el Palentino en su crónica de las guerras civiles de los conquistadores) destrozado en el monte por los tigres.

XII

EL ROBO DE LAS CALAVERAS

Por los años de 1565 no tenía la plaza Mayor de Lima, no digo la lujosa fuente que hoy la embellece, pero ni siquiera el pilancón que mandara construir el virrey Toledo.

En cambio lucían en ella objetos cuya contemplación erizaba de miedo los bigotes al hombre de más coraje.

Frente el callejón de Petateros alzábase un poste, al extremo del cual se veían tres jaulas de gruesos alambres.

El poste se conocía con los nombres de rollo ó picota. Junto al rollo se ostentaba sombría la ene de palo.

Cada una de las jaulas encerraba una cabeza humana.

Eran tres cabezas cortadas por mano del verdugo y colocadas en la picota para infamar la memoria de los que un día las llevaron sobre los hombros.

Tres rebeldes á su rey y señor natural don Felipe II, tres perturbadores de la paz de estos pueblos del Perú (tan pacíficos de suyo que no pueden vivir sin bochinche) purgaban su delito hasta más allá de la muerte.

El verdadero crimen de esos hombres fué el de haber sido vencidos. Ley de la historia es enaltecer al que triunfa y abatir al perdidoso. A haber apretado mejor los puños en la batalla, los cráneos de esos infelices no habrían venido á aposentarse en lugar alto, sirviendo de coco á niños y de espantajo á barbados.

Esas cabezas eran las de

GONZALO PIZARRO, *el Muy Magnífico*.

FRANCISCO DE CARBAJAL, *el Demonio de los Andes*.

FRANCISCO HERNÁNDEZ GIRÓN, *el Generoso*.

La justicia del rey se mostraba tremenda é implacable. Esas cabezas en la picota mantenían á raya á los turbulentos conquistadores, y eran á la vez una amenaza contra el pueblo conquistado.

Gonzalo Pizarro y seis años después Francisco Hernández Girón acaudillaron la rebeldía, cediendo á las instancias de la muchedumbre. Su causa, bien examinada, fué como la de los comuneros en Castilla. Si éstos lucharon por fueros y libertades, aquéllos combatieron por la conservación de logros y privilegios.

Los primeros comprometidos en la revuelta, los que más habían azuzado á los caudillos, fueron también los primeros y más diligentes en la traición.

Esto es viejo en la vida de la humanidad, y se repite como la tonadilla en los sainetes.

Volviendo á la plaza Mayor y á sus patibularios ornamentos, digo que era cosa de necesitarse la cruz y los ciriales para dar un paseo por ella, cerrada la noche, en esos tiempos en que no había otro alumbrado público que el de las estrellas.

No era, pues, extraño que de aquellas cabezas contase el pueblo maravillas.

Una vieja trota-conventos y tenida en reputación de facedora de milagros, curó á un paralítico haciéndolo beber una pócima aderezada con pelos de la barba de Gonzalo.

Otra que tal, ahita de años y con ribetes de bruja y rufiana, vió una legión de diablos bailando alrededor de la picota y empeñados en llevarse al infierno la cabeza de Carbajal, y añadía la muy marrullera que si los malditos no lograron su empresa fué por estorbárselo las cruces de los alambres.

En fin, no poca gente sencilla afirmaba con juramento que de los vacíos ojos de las calaveras salían llamas que iluminaban la plaza.

Estas y otras hablillas llegaron á oídos de doña Mencía de Sosa y Alcaraz, la bella viuda de Francisco Girón.

Como uniformemente lo relatan los historiadores, Girón y doña Mencía se amaron como dos tórtolas y para ellos la luna de miel no tuvo menguante. Doña Mencía acompañó á su marido en gran parte de esa fatigosa campaña que duró trece meses y que por un tris no dió al traste con la Real Audiencia, y acaso el único, pero definitivo contraste que experimentó el bravo caudillo, fué motivado por su pasión amorosa; porque entregado á ella descuidó sus deberes militares.

El 9 de diciembre de 1554 se promulgaba en Lima, á voz de pregonero, el siguiente cartel:

Esta es la justicia que manda hacer Su Majestad y el magnífico caballero don Pedro Portocarrero, maestre de campo, en este hombre, por traidor á la corona real y alborotador de estos reinos, mandándole cortar la cabeza y fijarla en el rollo de la ciudad, y que sus casas del Cuzco sean derribadas y sembradas de sal y puesto en ellas un mármol con rótulo que declare su delito.

Muerto el esposo en el cadalso, la noble dama se declaró también muerta para el mundo; y mientras le llegaba de Roma permiso para fundar el monasterio de la Encarnación, se propuso robar de la picota la cabeza de su marido. Ella no podía encerrarse en un claustro mientras reliquias del que fué el amado de su alma permaneciesen expuestas al escarnio público.

Desgraciadamente, sus tentativas tuvieron siempre mal éxito por cobardía de aquellos á quienes confiaba tan delicada empresa.

Doña Mencía derrochaba inútilmente el oro y era víctima constante de ruines explotadores.

También es verdad que el asunto tenía bemoles y sostenidos. La Audiencia había hecho clavar en la picota un cartel, amenazando con pena de horca al prójimo que tuviese la insolencia de realizar una obra de caridad cristiana.

Diez años llevaba ya la cabeza de Girón en la jaula, y más de quince las de Carbajal y Gonzalo, cuando un caballero recién llegado de España fué á visitar á doña Mencía. Llamábase el hidalgo don Ramón Gómez de Chávez, y tan cordial y expansiva fué la plática que con él tuvo la digna viuda, que conmovido el joven español, la dijo:

– Señora, mal hizo vuesamerced en fiarse de manos mercenarias. O dejo de ser quien soy, ó antes de veinticuatro horas estará la cabeza de don Francisco en sitio sagrado y libre de profanaciones.

Media noche era por filo cuando Gómez de Chávez, embozado en su capa de paño de San Fernando, se dirigió á la picota, seguido de un robusto mocetón cuya lealtad había bien probado en el tiempo que lo tenía á su servicio. El hidalgo encaramóse sobre los hombros del criado, y extendiendo el brazo, alcanzó con gran trabajo á quitar una de las jaulas.

Muy contento fuese con la prenda á su posada de la calle del Arzobispo, encendió lumbre y hallóse con que el letrero de la jaula decía:

ESTA ES LA CABEZA DEL TIRANO FRANCISCO DE CARBAJAL

Gómez de Chávez, lejos de descorazonarse, se volvió sonriendo á su criado y le dijo:

– Hemos hecho un pan como unas hostias; pero todo se remedia con que volvamos á la faena. Y pues Dios ha permitido que por la obscuridad me engañe en la elección, la manera de acertar es que dejemos el rollo limpio de calaveras, y andar andillo, que la cosa no es para dejada para mañana, y si me han de ahorcar por una que me ahorquen por las tres.

Y amo y criado enderezaron hacia la plaza. Y con igual fortuna, pues la noche era obscurísima y propicia la hora, descolgaron las otras dos jaulas.

Al día siguiente Lima fué toda corrillos y comentarios.

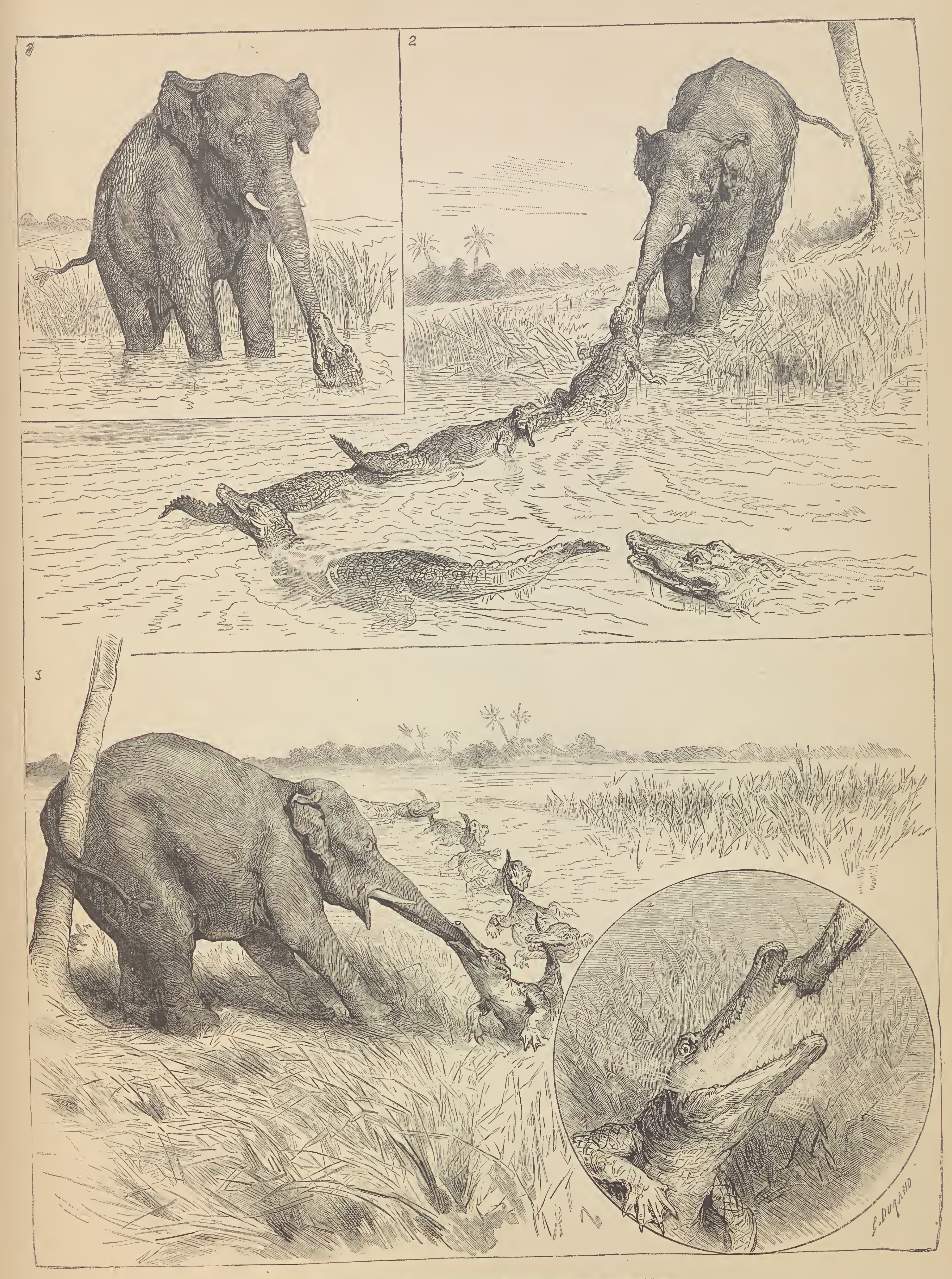
Y el gobierno echó bando sobre bando para castigar al ladrón.

Y hubo pesquisas domiciliarias, y hasta metieron en chirona á muchos pobres diablos de los que habían tomado parte en las rebeldías.

El hecho es que el gobierno se quedó por entonces á obscuras y tuvo que repetir lo que decían las viejas: «que el demonio había cargado con lo suyo y llevádose al infierno las calaveras.»

Gómez de Chávez, asociado á un santo sacerdote de la orden seráfica, enterró las tres cabezas en la iglesia de San Francisco.

R. PALMA



EL ELEFANTE Y LOS COCODRILOS, dibujos de Robley

LA HORMA DE SU ZAPATO

I

Unidas desde que tuvieron uso de razón por estrecho lazo de ternura, siempre juntas en el colegio donde ambas se educaban, confiándose sus pequeñas alegrías y sus ficticios pesares, amándose como hermanas, Anita y Celia se completaban; aunque eran muy diferentes, y quizá por eso, componían una sola alma y un solo corazón, obedeciendo á la misma ley física que hace brotar la chispa de dos electricidades contrarias.

Las dos se encontraban en esa edad en que el ángel pliega sus alas para atravesar el estrecho puente que separa la infancia de la pubertad.

Anita, alta, morena, de turgentes formas ya casi en completo desarrollo, acentuados rasgos fisonómicos, y ojos negros, intensos, de tal elocuencia en la mirada, que ni la pluma ni el pincel podrían dar idea de su expresión.

Celia, de la misma estatura, pero rubia, delicada, de finísimas facciones y ojos celestiales.

La primera, risueña, alegre y resuelta, representaba la atrevida malicia. La segunda, sencilla y tímida, era el símbolo más perfecto de la inocente candidez.

La morena Anita tenía quince años y era una mujer en todo. La rubia Celia contaba diez y seis y era niña en cuerpo y alma.

En una hermosa tarde de mayo, mientras las otras niñas se entregaban en el jardín del colegio á toda clase de juegos, carreras y violentos ejercicios, las dos inseparables paseaban como siempre juntas y solas por una ancha calle de árboles.

El gracioso diablillo sonreía y el serafín lloraba.

– Pero, ¿por qué lloras, tontísima?, – exclamaba la morena.

– ¡Ay! Dentro de un momento nos separaremos para siempre!, – respondía Celia con un suspiro.

– ¡Para siempre! ¿Y por qué ha de ser para siempre?

– Porque tú te quedas en Madrid con tu familia, que te espera deseosa de hacer tu brillante presentación al mundo, una vez terminada tu educación, y yo me voy al rincón de mi provincia, donde sólo me aguardan los cuidados de un padre anciano. El destino nos separa, Anita.

– Y el destino nos reunirá otra vez, Celia. El tiempo es una inmensa rueda que en su continuo girar unas veces separa lo que otras reune. ¿A qué pensar siempre en cosas tristes? En mi corta experiencia ya he observado que el mundo busca siempre la alegría y huye del dolor. Reir es mi propósito.

– Y quizá llorar mi destino.

– ¡Vamos, vamos, doña *Augurios*, no te desanimes, que yo estoy segura de que tu lindo palmito es nuncio de suerte y garantía de felicidades.

Una dulce sonrisa iluminó el lloroso semblante de la rubia niña, como sol en día de lluvia

– ¡Mi palmito!, – exclamó con gracioso mohín, entre risueño y triste.

– Mira, si yo fuera hombre te amaría con locura, y correría á pedir tu mano á tu padre.

Celia soltó por fin la carcajada, diciendo:

– ¡Pero como no lo eres! No creas que en tal caso te desairaría; tu gracia, animada y resuelta, y esos hermosos ojos que tanto amo, hubieran sido mi delirio.

– No faltarán otros que pretendan serlo. ¡Ya verás qué sorpresa tan agradable la mía cuando pasados algunos años me anuncien un día una visita, salgo y me encuentro á mi Celia con un apuesto joven, su marido!

– ¡Bah! ¡Qué cosas tienes, Anita!

– No te apures, que yo te recibiré rodeada de angelitos, unos morenos y otros rubios.

Las dos se echaron á reir alegremente.

Su hilaridad fué interrumpida por la sonora voz de una camarista, que les dijo:

– En la sala de visitas esperan á la señorita Ana.

Como por encanto cesaron las risas y las dos palidecieron. Había llegado el terrible momento de la separación.

Un instante después Anita y Celia se abrazaban una y otra vez con febril vehemencia, y entre besos y sollozos cambiaban los últimos juramentos de eterna amistad.

– ¿Me olvidarás, Anita, en ese mundo de fiestas y placeres?

– Nunca, nunca; te lo juro. Dondequiera que nos volvamos á encontrar, seré siempre tu hermana del alma.

– ¡Adiós, Anita de mi alma!

– ¡Adiós, mi Celia querida!

Y el coche partió llevándose á Anita que ocultaba su emoción tras el pañuelo, mientras la superiora recibía en sus brazos á Celia sin conocimiento.

II

En la elegante morada de Anita, un lujoso hotel de la Castellana, se preparaba siete años más tarde un fausto acontecimiento. Todo era animación y alegría en la casa; el alma de ella, la alegre morena que conocimos en el colegio, se casaba muy pronto y á gusto de todos.

La niña que tanto prometía entonces, era á la sazón una espléndida realidad, una joven de veintidós años en todo el desarrollo de sus encantos físicos, sus gracias seductoras y excelentes condiciones morales; mujer de talento y artista notable. Correspondió al amor de un joven y ya acreditado abogado que era el tipo de su soñado ideal; rubio, de expresivos ojos azules y poblada barba, cuidadosamente recortada; él la adoraba, y la inteligencia fué rápida, la dicha completa.

Los dos enamorados habían empleado la tarde en colocar sobre mesas y tableros las prendas del lujoso *trousseau* y los numerosos regalos, para que fueran á admirarlos las amigas, y ya fatigados descansaban en cómodas butacas.

– No te quejarás de los regalos, – decía él; – todas tus amigas te han dedicado un recuerdo de gusto y de valor.

– Todas no, Enrique; me falta el de la amiga que más he querido, el de mi hermana de colegio.

– ¿Y cómo es eso?

– Hace más de tres años que no sé de ella. En estos felices instantes la recuerdo con tristeza, y pienso en sus dolorosos presentimientos.

– Probablemente se habrá casado y no se acuerda de ti, – le dijo, deseoso de apartar de aquella serena frente la inoportuna nube.

– ¿Ella olvidarme? ¡Imposible!

– De todos modos, y ya que nada puedes remediarlo, deja eso, Anita mía, y pensemos en nosotros, en nuestro amor, en nuestra dicha

Anita, contra su costumbre, estaba seria, quizá por efecto del recuerdo evocado.

– Dime, – exclamó de pronto, – ¿á cuántas mujeres has amado?

– A ti en ideal, á ti en realidad, á ti antes y después y siempre, – respondió sonriendo.

Anita movió la cabeza con ademán de duda

– No es posible, no lo creo. Mira, tú ya conoces mi carácter firme y resuelto, y sabes que todo lo perdono menos el engaño y la mentira.

– ¿Qué quieres decir con eso?, – preguntó palideciendo.

– Que quiero conocer el pasado del hombre á quien entrego mi vida, que quiero saber tus relaciones anteriores.

– No las he tenido. Tú eres mi pasado, mi presente y mi porvenir.

Anita clavó sus negros ojos escrutadores en los azules de él, y tras una pausa añadió:

– Quizá mi empeño sea una curiosidad importuna, no lo niego; pero es más la medida de tu confianza. Yo la tengo en ti completa, absoluta, ciega; ¿por qué no tenerla tú lo mismo?

– La tengo, vida mía, no lo dudes, – afirmó él con persuasivo acento.

– Pues entonces, Enrique mío, dime la verdad. No temas que me moleste; yo creo que así como el hombre debe desear ser el primer amor de su mujer, la mujer debe contentarse con ser el último amor de su marido. Como ya te he dicho, lo único que me ofende es el engaño, lo que no perdono es la mentira.

Enrique hizo un movimiento de impaciencia.

– Te repito, – dijo, – que no he amado, amo ni amaré á nadie más que á ti.

– ¿Lo juras por tu honor?

– Por mi honor lo juro.

Anita lo miró otra vez; su mirada era tan franca, tan sincera, tan amante, que todas sus dudas se desvanecieron.

– Te creo, te creo, – exclamó con ternura, – es tal mi fe en ti, que nadie en el mundo podría hacerme dudar de tu palabra; pero si me engañaras...

– ¿Qué harías?, – preguntó curioso.

– No sé si odiarte ó despreciarte. Más bien lo último.

Un ligero estremecimiento recorrió la epidermis de Enrique, pero contestó con tierno acento:

– Tranquilízate, mi adorada visionaria, que nada de eso sucederá. Te amo como jamás hombre alguno amó á la elegida de su corazón, y sólo pienso en hacerte tan dichosa, que nunca esos importunos temores turben ya más tu acostumbrada alegría.

De la intensa mirada de ambos brotó esa chispa que jamás los sabios sabrán definir, ni los artistas copiar; esa chispa misteriosa que lleva en sí todo el fuego de dos corazones y hace de dos almas una sola, y un estrecho apretón de manos puso fin al tierno diálogo de los futuros esposos.

Al obscurecer, Enrique se había ido á comer y Anita recibía los trajes de la modista

En la semiobscuridad de la habitación miraba los trajes sin ver. De pronto la estancia se ilumina, la gran señora y la modista se hallaron frente á frente, y ambas dieron un grito y retrocedieron pálidas de asombro y de emoción. La primera abría los ojos, no creyendo lo que veía; la segunda aguardaba con los suyos llenos de lágrimas y en triste actitud.

El traje se desprendió de las manos de Anita y rodó sobre la alfombra, mientras la noble joven estrechaba entre sus brazos á la modesta obrera, repitiendo:

– ¡Celia, Celia! ¡Por fin te encuentro, por fin te vuelvo á ver!

Durante algunos instantes no se oyó más que ruido de besos, las alegres exclamaciones de Anita y los sollozos de Celia.

III

Pasados los primeros transportes de ternura, y después de contemplarse con cariño una á otra, se sentaron las dos amigas con las manos enlazadas.

– Sí, – pudo al fin articular Celia, temblorosa aún de emoción, – me vuelves á ver, ¡pero en qué estado tan diferente al que soñabas!

Anita la examinaba asombrada.

– En verdad que no acierto á comprender tal cambio. Tu padre era un acomodado propietario de Asturias. ¿Cómo has llegado á este extremo?

– Mi padre murió después de grandes pérdidas y grandes pesares. Soy muy desgraciada; pero todo lo he merecido.

Anita abrió desmesuradamente los ojos.

– ¿Tú, tú?, – exclamó.

– Yo, sí.

– ¿Estás loca?

– ¡Ojalá! La locura es á veces el descanso. Te suplico que no te ocupes en mí y me hables de tu dicha. Según veo te casas muy pronto.

– Así es. Pero la felicidad no tiene historia. Tú eres desgraciada y tengo el derecho de conocer tus penas, el deseo de compartirlas y el deber de remediarlas á ser posible.

– ¡Oh, Anita, remediarlas! Tu generoso deseo es tan imposible como escalar el cielo.

– ¡Quién sabe! Abre, mi querida Celia, tu corazón á tu hermana del alma. ¿Has amado?

Encendido rubor subió al rostro de la dulce Celia.

– Con locura y con desgracia, – dijo.

– ¿Era indigno de ti?

– ¡Un miserable!

Las lágrimas nublaron los hermosos ojos de Anita.

Celia bajaba los suyos y se encerraba en su dolor, como quien prepara una dolorosa confesión.

– ¿Te engañaba?, – preguntó Anita vacilando ante el temor de avivar dolorosos recuerdos.

– Eso hubiera sido un desengaño nada más, y te hablo de dolores incurables y de recuerdos que matan.

– Escucha, – exclamó de pronto resuelta. – Mi padre se oponía tenazmente á nuestras relaciones por temor á que algún día lo dejara. El, indignado, herido en su amor propio, me comunicó su rencor, me persuadió de sus honradas intenciones, de su profundo amor, y enloquecida, fascinada, sólo á él vi en el mundo, sólo en su amor pensé. Apoyada en su brazo dejé un día mi casa para buscar la bendición de un sacerdote en la iglesia, y en su hogar la dicha. Pero todo era mentira. El miserable me dió su amor y me negó su nombre.

– ¡Pobre Celia!

– Yo era demasiado honrada para consentir en pasar de víctima á manceba, – continuó con febril vehemencia. – He sido una insensata, pero nunca seré una mujer despreciable. Vilmente engañada, perdidas todas mis ilusiones, y huérfana ya, me vine á Madrid, donde nadie me conocía, á ganar trabajando mi triste subsistencia y á llorar mi desgracia. No quise buscarte por no turbar tu dicha con mi dolor. Hoy he venido sin saber que era esta tu casa.

– Sólo hace un año que vivimos en este hotel que compró mi padre. Pero tú debiste buscarme; para estos casos es la amistad, Celia mía. Hoy te quiero más que nunca, y si otra cosa no puedo, procuraré alejar de ti el terrible recuerdo que te mata.

Celia se arrojó llorando en los brazos de su amiga.

– ¡Olvidar!, – articuló tras una pausa, limpiando sus lágrimas. – ¡Ni aun ese consuelo tengo!

– ¿Amas todavía á ese hombre?

– No sé si le amo ó si le odio. Enrique es de esos hombres á los que se puede adorar ó aborrecer; pero nunca olvidarlos.

– ¿Enrique has dicho?, – preguntó Anita con extrañeza.

– Sí, ese es su nombre.

– ¡Qué coincidencia!, – añadió sonriendo. – Enrique se llama también mi prometido; el hombre más bueno y leal que existe.

– Enrique.. ¿qué?, – interrogó la pobre joven asaltada por terrible presentimiento.

– Enrique de Ampudia.

Celia dió un salto en su asiento y quedó de pie pálida, trastornada.

– ¿Es abogado?, – articuló con débil voz.

– Sí.

– ¡Oh! ¡Anita, Anita, qué ruda prueba nos manda Dios!

– ¿Por qué? ¿Qué quieres decir?, – exclamó ya alarmada.

– Que temo que tu Enrique y el miserable que me engañó sean una misma persona.

Anita palideció, pero replicó sin vacilar:

– ¡Imposible, Celia, imposible! Te engaña una fatal coincidencia. El, Enrique, que hace una hora me juraba por su honor... ¡Qué desatino! Vas á convencerte ahora mismo de tu error y á tranquilizarte; yo estoy tranquila, no dudo.

Pero á pesar de su acento sus manos temblaban al abrir un lujoso *bureau* y sacar de él un retrato que presentó con febril precipitación á Celia, diciendo:

– Mira y convéncete. Este es mi prometido.



el tormento, estatua de Felipe Cifariello. Dibujo de E. Ximenes

Celia miró y su palidez se hizo lívida, sus dientes chocaron impidiéndola hablar.

– Y bien, ¿qué dices? Habla, – gritó impaciente.

Celia no pudo contestar, las palabras se ahogaban en su garganta.

– ¿Es él, es él?, – preguntó con angustia.

– Sí, mi pobre Anita.

La noble joven quedó extática, inmóvil, helada como si por un instante la sangre hubiera dejado de circular por sus venas. Sus pupilas se cristalizaron y sus yertas manos chocaron en convulsivo temblor.

Celia tuvo miedo de que durara aquel estado cataléptico, y estrechándola entre sus brazos devolvió á fuerza de besos el color á aquel rostro de mármol mientras decía:

– Anita, Anita mía, no me desprecies tú también, no me maldigas.

– A ti, no, – dijo con voz ahogada, luchando por dominar su violenta emoción; – tú has sido la víctima. A él, que mentía al jurarme como te mintió á ti antes, á él sí. Pero no creas que yo me contentaré con llorar y gemir como tú, no. Juro vengarte y dejarle memoria de mí.

– ¿Qué vas á hacer?

– No lo sé; el golpe ha sido demasiado rudo para que pueda pensar. Dame un abrazo y vete; necesito reponerme y meditar; vuelve mañana.

Las dos jóvenes se abrazaron de nuevo estrechamente, y Celia salió de allí aun más desgraciada que antes.

Anita oprimió con ambas manos su corazón, como si temiera que saltara.

– ¡Calla, calla!, – gritó, – no salgáis de ahí bastardos sentimientos de celos y de odio, que mi voluntad os ahogará al nacer! Mi amor ha muerto hoy y mi dignidad le pondrá la losa funeraria. ¡Yo no puedo amar al miserable seductor de Celia!

IV

Al día siguiente no quedaba de la violenta tempestad que rugía en el pecho de Anita más signo exterior que el brillo febril de la mirada y la intensa palidez del rostro. Más animada aún que de costumbre recibió á su futuro, cariñosa y expresiva como siempre. Pero su padre dijo á Enrique que había sabido de él historias pasadas, que de ser ciertas elevarían su fama de Tenorio á costa de su buen nombre de caballero y hombre honrado, y que deseaba aplazar la boda á fin de que Anita pudiera reflexionar y decidir con acierto, para lograr lo cual, libre de toda influencia, le rogaba suspendiera por algún tiempo sus visitas.

Enrique protestó indignado.

– ¿Y tú crees esas absurdas calumnias?, – preguntó luego á Anita.

– ¡Yo!, – contestó con aplomo. – Teniendo tu palabra de honor hubiera sido ofenderte. Estoy tan segura de tu pasado como de tu amor.

– ¿Y me amarás siempre?

– Todo cuanto mereces. No te apure este contratiempo, yo no te retiro mi palabra, será un aplazamiento, nada.

Enrique salió tambaleándose, el corazón le latía, y sus sienes estallaban porque entonces era sincero, amaba á Anita con la doble fuerza de la pasión y el interés.

No volvió á visitar á su amada, pero desde entonces se comunicaron por el balcón y por escrito.

Enrique se desesperaba cada día más, temiendo se le escapara la mujer encantadora y el pingüe dote, y apremiaba para poner término á aquella situación. Anita calmaba su impaciencia prometiéndole aprovechar la primera ocasión favorable.

Esta no tardó en presentarse. Anita le escribió:

«La circunstancia de aproximarse el carnaval nos es muy favorable, y pienso aprovecharla, Enrique mío.

»Mañana es el baile de «Escritores y Artistas» en el Real, no faltes á él. Allí resolveremos nuestra suerte futura. Mi doncella y yo llevaremos capuchones de seda negra con lazos blancos. Hasta mañana.»

Enrique se consideró feliz, besó muchas veces el amoroso billete y bendijo otras tantas la resolución de su amada.

La noche designada, apenas eran las doce cuando ya se paseaba vestido de rigurosa etiqueta por el soberbio salón del teatro Real, sin fijarse en el brillante aspecto que ofrecía, deslumbrador de luces, de lujo, de animación y alegría, sin ver nada.



TOMÁS ALBA EDISSON, CÉLEBRE ELECTRICISTA NORTE-AMERICANO

Se abría paso con trabajo por entre la apiñada y elegante concurrencia, buscando ansioso sus dominós de negro con blanco sin encontrarlos.

Cuando empezaba á darse á todos los diablos divisó á lo lejos dos máscaras exactamente iguales, cubiertas de elegantes capuchones de seda negros y anchas cintas, caretas y guantes blancos.

Se lanzó hacia ellas con la posible celeridad, dando empellones, que le valieron duros apóstrofes, y una vez ante las que con tanto afán buscaba se detuvo confuso. ¿Cuál de ellas era Anita?

Una de las máscaras dejó en seguida el brazo de su compañera, y se asió al suyo, diciendo con su voz natural:

– Gracias á Dios que te encontramos, Enrique.

– ¡Oh! ¡Gracias, gracias, Anita mía!, – exclamó oprimiendo su brazo con pasión. – ¡Qué feliz me haces!

– ¡Calla, imprudente!, – interrumpió ella en voz baja, pero siempre sin fingirla. – ¿No ves que aquí todo se oye?

– Pues vámonos á otra parte, á un gabinete reservado donde cenaremos tranquila y alegremente.

– A cenar bueno, y sobre todo donde podamos hablar, pero no á gabinete reservado. Vamos al salón del *restaurant*.

– Vamos donde quieras, – dijo con un gesto de desagrado.

La acompañante de Anita los siguió un instante, y luego se perdió entre la gente.

Sentados en la mesa más apartada del concurrido *restaurant*, mientras Enrique comía y bebía con excelente apetito, Anita, que no se había quitado la careta ni tocaba apenas los manjares, habló así:

– Convencida como tú, mi querido Enrique, de que la situación en que estamos no puede prolongarse más, he decidido ponerle el término natural, y todo está dispuesto para realizar nuestros deseos.

– ¿Cuándo y cómo, Anita mía?, – preguntó ansioso.

– ¿Cuándo?... Esta misma noche.

Enrique hizo un movimiento de alegría.

– ¿Cómo? Vas á saberlo. Tengo tomado, amueblado y dispuesto un bonito cuarto en la calle del Arenal, que será nuestra residencia futura, y donde nos aguardan un sacerdote y tres testigos, todos antiguos amigos de mi familia y fanáticos en su cariño hacia mí.

– ¡Alma de mi alma!, – exclamó besando con pasión las manos de Anita. – ¡Qué agradable sorpresa! Me vuelves loco de alegría. Vamos en seguida.

– Aguarda que aún no es la hora.

– Brindemos entretanto por nuestra completa dicha, por nuestro eterno amor, con manzanilla, el dorado licor que enciende la sangre.

– No, – dijo ella quitándole la botella, – la manzanilla perturba el cerebro. Brindemos con champagne, que es el licor de la alegría; anima y no embriaga.

– Tienes mil veces razón; ¡viva la alegría!

– ¡Y viva nuestro amor!

Los dos chocaron las copas llenas del espumoso néctar una y otra vez y muchas más, con la diferencia de que Anita apenas la llevaba á sus labios, mientras Enrique la apuraba entera.

Con la doble embriaguez del champagne y el amor, el arrogante calavera, el seductor de Celia, se creía transportado al paraíso; con los ojos chispeantes veía tras un rosado nimbo sonreirle los lindos rostros de todas las mujeres que había amado, y entre ellas destacarse gentil y graciosa á Anita, ofreciéndole con su mano el vellocino de oro.

Por fin Anita se levantó.

Los dos cogidos del brazo, ella tranquila al parecer y él radiante de alegría, gozoso y triunfante, atravesaron de nuevo el salón de baile y subieron al coche de la hermosa joven, donde los esperaba muellemente recostada la segunda máscara de capuchón negro y blanco.

V

Cinco minutos después se apeaban los tres en la calle del Arenal y subían á la elegante habitación, decorada por Anita con tanta sencillez como buen gusto y confort. En el gabinete habían improvisado una bonita capilla adornada con flores, y en ella aguardaban un sacerdote y tres caballeros con las luces encendidas y los almohadones en su sitio.

– Fuera esa importuna careta que me impide ver el sol de mi vida, – había dicho Enrique al entrar en la sala.

– Más tarde. Ahora me importa llevarla.

– ¿Por qué?

– Luego te lo diré.

Las dos máscaras hablaron un instante con el sacerdote, arreglaron los últimos detalles y todos se arrodillaron. Junto á la novia, la del capuchón como madrina; junto al novio, uno de los caballeros oficiando de padrino, y los otros dos como testigos.

Enrique continuaba entregado á sus alegres ideas, y dirigía chistes picantes á su padrino, que con voz baja lo animaba y exitaba con oportuno gracejo, y de todas las frases de ritual sólo oyó pronunciar al sacerdote las que le interesaban, contestando con un «Sí quiero,» rápido y sonoro.

El sí de la novia fué trémulo y apagado, y después de la larga consabida epístola, á la que el novio prestó tanta atención como á lo anterior; el párroco les dedicó una sentida plática, recomendándoles el mutuo amor y la fidelidad á sus respectivos deberes.

Durante la ceremonia Enrique hizo varias veces ademán de quitar á la novia el antifaz; pero siempre fué contenido por el padrino, que le decía:

– ¡Dejad á cada cual con su capricho!

Terminado el desposorio, las dos mujeres se abrazaron con tierna efusión.

Los hombres estrecharon la mano de Enrique y todos se alejaron.

La joven enmascarada, que iba la última, al atravesar la segunda puerta, volvió hacia la sala su mirada acerada y sarcástica, y dijo entre nerviosa y risueña:

– ¡Has encontrado la horma de tu zapato, mi bello Tenorio! ¡Esta vez no serás tú quien ría el último!

Los novios habían quedado frente á frente; ella inmóvil como una estatua, él contemplándola amoroso.

Ebrio de felicidad alargó la mano para quitar delicadamente la careta á la que ya era su esposa; pero ésta hizo un brusco movimiento y con rápido ademán se despojó de la careta y el capuchón, apareciendo la rubia Celia, elegantemente vestida de negro; la blancura mate de su rostro resaltaba sobre el negro gro que la embellecía infinito

Enrique lanzó una exclamación de asombro y retrocedió hasta la pared. Por un instante no pudo hablar; contemplaba rojo de rabia aquella extraña aparición que surgía del pasado, como evocada por un mago, y clavando sus uñas crispadas en el respaldo de una butaca, articuló con voz ronca:

– ¿Qué significa esto, señora?

– Sencillamente, que acaba V. de aceptarme por esposa y darme su nombre.

– ¿Quiere V. burlarse de mí?

– Nada más lejos de mi ánimo, – repuso con calma.

– Yo no puedo haber hecho á V. mi esposa no habiéndola visto.

– El sacerdote ha pronunciado mi nombre y apellido con todas las formalidades debidas al hacer á usted la pregunta, y V. ha contestado clara y terminantemente.

Enrique empezaba á comprender con terror. Sus uñas se clavaban cada vez más en la mullida tela.

– ¿Cómo ha podido Anita hacerse cómplice de esta infame intriga?, – exclamó.

– Cómplice, no; ha sido la única autora, y yo sólo su auxiliar. Anita, mi hermana del alma, que no perdona la traición ni la mentira, lo desprecia á V. y ha querido reparar en lo posible una de sus malas acciones, vengando al mismo tiempo á las víctimas de sus caprichos. Esta vez le ha salido á V. mal la jugada. Ahora no se trata de una niña inocente, sino de una mujer enérgica que lo condena á V. al suplicio de unir su suerte á la de una de sus víctimas y á renunciar para siempre á sus sueños de ambición. Si un día ama V. de veras, podrá ofrecer su amor á la mujer amada como á la pobre niña que sedujo, pero no hacerla su esposa. Anita lo ha querido, está V. castigado.

Celia se expresaba con dulce entonación, tranquila y severa. Enrique la escuchaba en silencio, y á su pesar se sentía impresionado por aquella voz armoniosa.

¿Era que las palabras de Celia llegaban al corazón del hombre, ó que la belleza de la mujer en todo su esplendor fascinaba al *amateur*? ¡Quién lo sabe!

Hizo un esfuerzo para sustraerse á aquella impresión, y dijo friamente:

– Está bien, señora, me resigno porque no me conviene entablar un pleito escandaloso que perjudicaría mis intereses. Pero...

– Entre nosotros no puede haber nada de común, – interrumpió Celia. – Se lo iba á decir á V. Cumplido, aunque contra su voluntad, el acto de justicia de reparar el crimen cometido, tengo de V. lo único que quería, su nombre, que tantas veces me juró darme. Ni deseo ni aceptaría nada más.

La cólera de Enrique se había ido desvaneciendo, y quedó asombrado ante aquella firme altivez que no esperaba.

– ¿Tanto me odia V.?, – murmuró en voz apenas perceptible.

– Me es V. indiferente, – contestó ella haciendo un gesto desdeñoso.

Enrique se sintió profundamente herido en su vanidad de galán afortunado, y no menos orgulloso que Celia avanzó lentamente, le hizo un profundo saludo y salió de la habitación.

Un instante después volvía sorprendido, pero no irritado, diciendo:

– La puerta que va á la escalera está cerrada con llave.

Celia palideció intensamente.

– ¡Oh, Anita!, – exclamó. – ¡Qué fatal idea!

Enrique comprendió por la sorpresa y el pesar de la joven que no era cómplice de aquélla.

– Ya ve V. que no es culpa mía si la molesto con mi presencia.

Celia le señaló el balcón.

– ¡Oh! ¡Un piso segundo!

– ¡Es verdad!

Celia se dejó caer sobre un diván y ocultó el rostro entre sus manos por no ver á Enrique.

. . . .

¿Se reconciliaron en aquella noche de mutua prisión? Del fuego siempre quedan rescoldos prontos á incendiarse. ¡Y luego, el champagne seguía retozando de las venas al cerebro de Enrique, y era Celia tan bonita!

A. Sánchez Cantos

NOTICIAS VARIAS

Las fresas desde el punto de vista terapéutico. – A propósito de un artículo que sobre las propiedades terapéuticas de la fresa publicó hace poco la notable revista francesa *La Nature*, el Dr. Le Roy d'Etioles ha reproducido algo de lo que tiene consignado en su *Tratado de los cálculos* sobre este punto

Las aguas minerales alcalinas, dice, y el bicarbonato de sosa que contienen son un remedio contra la gota y el mal de piedra, enfermedades en las que las secreciones (orines) son muy ácidas. Esta acidez se neutraliza con las sales alcalinas.

Las fresas comidas en gran cantidad producen el mismo efecto, y este fenómeno se explica químicamente.

La experiencia ha demostrado á los más famosos químicos que se podía convertir en alcalina la orina de un animal ó de una persona con la simple ingestión de una abundante cantidad de frutas maduras: fresas, cerezas, uvas, etc.

Los frutos rojos sazonados (excepto las grosellas) no contienen ácido oxálico, sino otros ácidos orgánicos vegetales que fácilmente se descomponen en ácido carbónico y en óxido de carbono, tales como los ácidos péctico, málico, tartárico y cítrico. El ácido acético (vinagre) experimenta igual transformación.

Estos ácidos están combinados en las frutas con la soda y la potasa y dan lugar á la producción de carbonato sódico y carbonato potásico, sales alcalinas que dan una reacción alcalina á las secreciones.

Como las fresas no contienen litio, su descomposición no puede producir carbonato de litina, y no creo que pueda atribuirse á los fosfatos del abono intensivo que se emplea en el cultivo de fresales la reacción alcalina que las fresas comidas en abundancia dan á las secreciones animales.

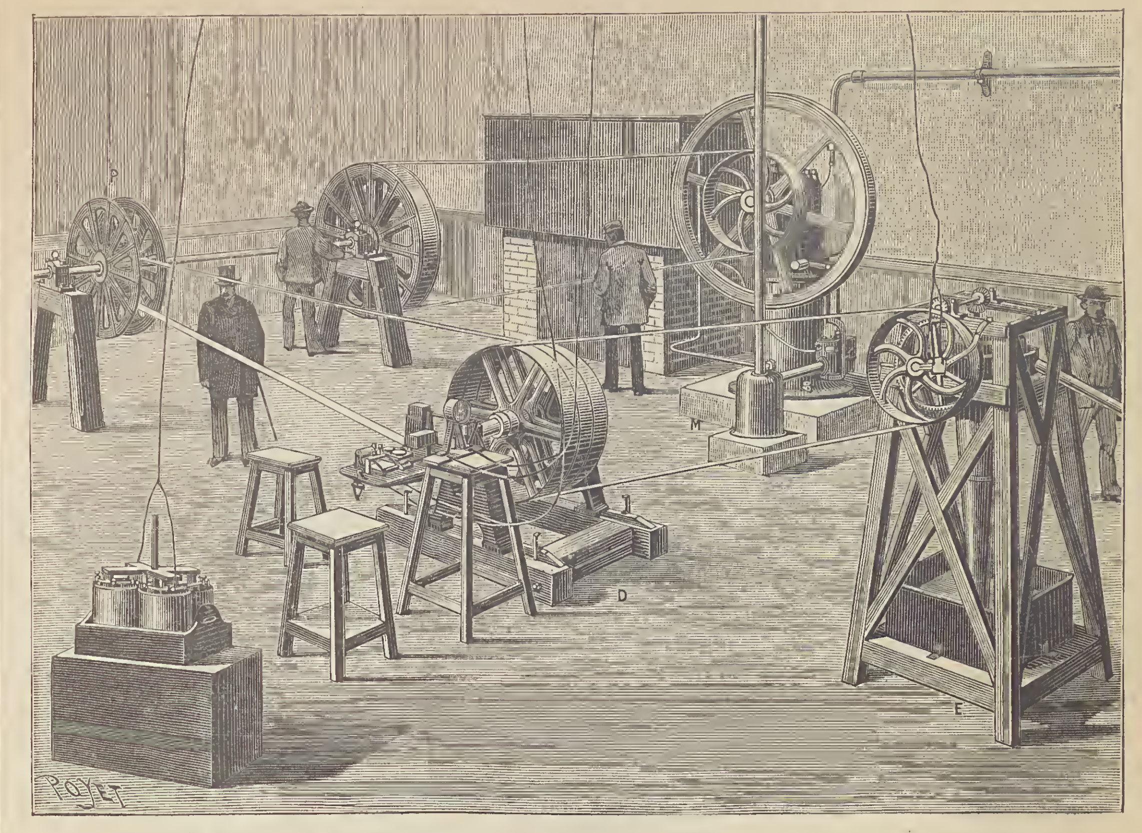
Las náuseas en los ascensores. – Los ascensores, de uso tan generalizado hoy en día, sólo ofrecen un inconveniente de fácil remedio al decir de la revista *Yron*. Las personas de constitución delicada no pueden utilizar estos aparatos sin experimentar, en el momento en que el ascensor se detiene, unas náuseas tan violentas á veces, que muchas repugnan valerse de este medio tan cómodo de locomción vertical. La parada más ó menos brusca del ascensor produce vértigos y revuelve el estómago como si los órganos internos se subieran á la garganta. Este efecto, perfectamente ajustado á las más elementales leyes físicas, obedece sencillamente al hecho de que en el instante de la parada no todas las partes del cuerpo se detienen al mismo tiempo. Los pies, en contacto directo con el suelo son los primeros que se paran, al paso que las demás partes del cuerpo continúan su movimiento: si todos pudieran detenerse simultáneamente, no se producirían los desagradables efectos que acabamos de enunciar, y este resultado puede conseguirse muy fácilmente apoyando con cierta fuerza la cabeza y las espaldas en las paredes del ascensor, pues de este modo todo el cuerpo es solidario en su movimiento y no se experimenta ningún malestar cuando se producen los cambios de velocidad.

Si esta receta es buena, explicaríase por ella por qué la mayoría de los que navegan sienten menos los terribles efectos del marco estando acostados que hallándose de pie.

(De *La Nature*)

SECCIÓN CIENTÍFICA

ESTACIÓN DE ENSAYOS DE MÁQUINAS AGRÍCOLAS INSTALADA POR EL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA DE FRANCIA



Estación de ensayos de máquinas agrícolas instalada por el Ministerio de Instrucción pública de Francia

Esta estación, cuyas inmensas ventajas, así para los constructores como para los compradores de máquinas agrícolas, se comprenden con sólo tener en cuenta el objeto á que está destinada, fué creada por un decreto ministerial de 24 de enero de 1888, gracias á los incesantes esfuerzos del que es hoy su director, M. Ringelmann, profesor de mecánica agrícola en la Escuela de Grignon, y se levanta en un solar de 3.309 metros cuadrados situado en la calle de Jenner, que su propietario, el Ayuntamiento de París, ha cedido por 15 años al Ministerio de Instrucción pública.

Una cerca de 70 metros limita la estación: un portal de hierro se abre en una rampa empedrada que termina en el departamento de ensayos (véase nuestro grabado): éste contiene, además del despacho del ingeniero director, un motor de gas M, de 6 caballos de fuerza, poleas P de diversos diámetros, de las que hablaremos luego, dinamómetros, indicadores-registradores automáticos D, contadores, balanzas, etc.

Anejo á este edificio hay un pequeño taller de mecánico con su torno, fraguas, máquinas perforadoras, etc.

El departamento en que nos ocupamos está destinado á los ensayos de diferentes máquinas llamadas de interior de granja (aventadoras, aplanadores, trituradores, molinos harineros, tajaderas, corta-raíces, aparatos para la industria lechera, etc.) y á los de las máquinas industriales, tales como las que se usan en la curtiduría, la filatura, alumbrado eléctrico, etc.

Un tejadillo de 14 metros de longitud por 4 de profundidad, cerrado en sus dos caballetes, puede abrigar máquinas cuyo funcionamiento produce polvos: estas máquinas están movidas por el árbol motor del departamento principal, que para ello sale unos 3 metros fuera del edificio.

Los ensayos de las trilladoras movidas por la parte exterior del árbol pueden hacerse al aire libre, por el lado de la rampa de entrada, ó á cubierto debajo del tejadillo.

Para ciertos ensayos especiales (prensas de forraje, trilladoras, elevadores de paja, etc.) hay en el fondo del terreno una línea de transmisión de 40 metros de longitud, uno de cuyos extremos está ocupado por un cobertizo de 10 metros de largo por 4 de ancho. En la pared del fondo se apoya otro tejadillo de 15 metros de largo por 3 de profundidad, destinado á depósito de los grandes materiales y también del hierro, de la madera, del carbón y de las diferentes materias necesarias para las pruebas.

Los ensayos de máquinas de vapor y de locomóviles se verifican al aire libre ó en uno de los tejadillos.

Para los ensayos de malacates ó de máquinas movidas por animales, tales como trilladoras, molinos de manzanas, máquinas para preparar el mortero, etcétera, se dispone de una pista circular.

En el centro del solar se levantará muy pronto un pilón de 18 metros de altura destinado á los ensayos de bombas: unos pisos colocados de 5 en 5 metros, una grúa fijada en la parte superior y aparatos de aforo completarán esta instalación hidráulica que permitirá efectuar los ensayos en excelentes condiciones.

Finalmente, en el fondo del solar se reserva un gran espacio para los concursos especiales que pueda organizar el Ministro ó las Sociedades bajo los auspicios de la Administración.

Tales son, con la casa del director y la del mecánico, que es á la vez conserje, los principales edificios de la estación de ensayos.

Un laboratorio especial destinado á los experimentos sobre la resistencia de los materiales, que en breve se construirá y que estará provisto de las máquinas de precisión necesarias, prestará grandes servicios á los constructores, pues les permitirá darse cuenta exacta del valor de los materiales que empleen.

Las máquinas cuyo ensayo se solicita se envían al director de la estación, el cual las somete á un examen cuyos puntos principales son: producción mecánica, calidad del trabajo producido, gastos de funcionamiento y desgaste aproximado. Los interesados, así los constructores como los compradores, pueden pedir que el examen sea más minucioso sobre tal ó cual punto. Al terminar los ensayos se extiende un *boletín de experimentos*, en el que se consignan los resultados obtenidos y que es un documento oficial que en lo sucesivo acompañará á la máquina y será una garantía para el comprador.

Además de esta clase de ensayos hay otros, no menos importantes, que sólo al constructor se refieren: éste puede verse obligado á abandonar el perfeccionamiento de una máquina por falta de los conocimientos científicos necesarios, ó puede dudar acerca de la mejor forma que haya de dar á alguna pieza. Pues bien: en estos casos el laboratorio le suministrará las indicaciones que necesite, y estos ensayos, llamados de información, sólo se comunican al interesado.

Aunque la estación funciona desde hace muy poco tiempo y es poco conocida, ha efectuado ya ensayos de bombas, de molinos y de algunas otras máquinas. Por la instalación general que ha logrado realizar, se ve que M. Ringelmann ha creado un establecimiento que responde perfectamente á una necesidad y que ha conseguido el objeto que el Ministerio se proponía.

Los ensayos se verifican por medio de procedimientos científicos y de instrumentos de precisión que permiten determinar de un modo absoluto el verdadero valor de las máquinas y materiales empleados.

Esta estación prestará los mayores servicios á los industriales y á los agricultores.

G. MARESCHAL



EL CILINDRÓGRAFO

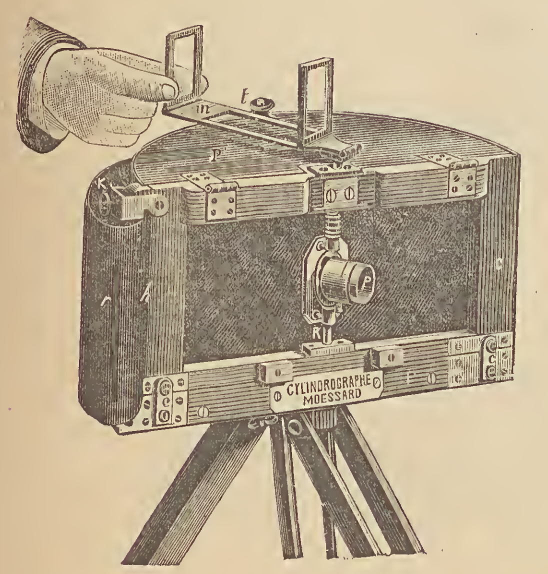
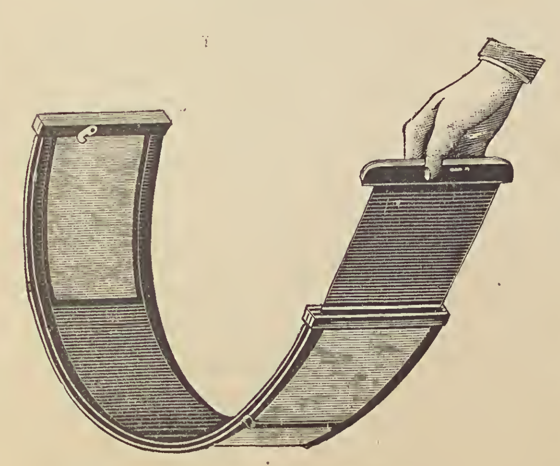


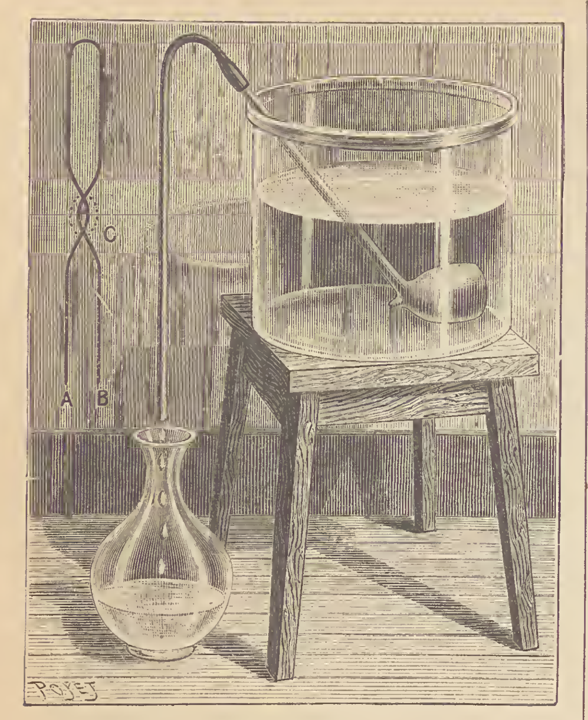
Fig. 1. El cilindrógrafo


Fig. 2. El cilindrógrafo

Muchos de los inventos más bellos y más sorprendentes descansan, no en el descubrimiento de nuevos principios de las ciencias naturales, sino en la utilización ingeniosa y útil de leyes de la naturaleza de antiguo conocidas, pero poco observadas. Tal sucede con el invento en que vamos á ocuparnos.

Los que visitaron la última Exposición de París y quisieron adquirir algunas fotografías que les recordaran lo que habían visto, hubieron de sorprenderse ante las que se les ofrecían y que pertenecían á un género completamente nuevo. En efecto, con una longitud de 50 ó 60 centímetros y una altura de 20 á lo sumo presentaban esas fotografías una prodigiosa extensión de la imagen reproducida: una de ellas, por ejemplo, representaba toda la plaza de la Opera con todas las entradas de las calles que á ella desembocan. El que conozca aquel sitio sabrá que no hay en él lugar alguno desde el cual pueda tomarse tal vista comprendida en un ángulo no menor de 120 á 130 grados, y sabido es también que no hay ningún objetivo que pueda abarcar este ángulo. Pero hay más que esto: las citadas fotografías son instantáneas en la más genuina acepción de la palabra; centenares de figuras en movimiento atestiguan que las vistas han sido tomadas en pleno día y cuando el tráfico de la ciudad es mayor: este hecho es otra prueba de que no han sido obtenidas con ninguno de los objetivos de mayor ángulo hasta ahora conocidos, porque éstos no poseen la suficiente fuerza luminosa para tales instantáneos, ni pueden poseerla, puesto que la misma disminuye á medida que aumenta el ángulo de desarrollo del objetivo.

La posibilidad de que tales fotografías sean el conjunto de varios instantáneos pegados unos á otros debe ser también desechada, porque es punto menos que imposible hacer esta operación sin que aparezcan en la prueba total las soluciones de continuidad.



Filtro económico

El enigma se descubrió muy pronto: las admirables fotografías eran producto de un nuevo aparato, el cilindrógrafo de Moessard: éste no es otra cosa que la más ingeniosa demostración práctica y la utilización del hecho conocido (consecuencia necesaria de las propiedades de una lente) de que si se proyecta la imagen obtenida con una lente sobre una superficie cilíndrica de manera que aquélla esté situada en el centro exacto de ésta, puede hacerse girar la lente alrededor del eje del cilindro sin que se mueva la imagen en el cilindro proyectada: lo único que sucede es que las distintas partes de la imagen se iluminan sucesivamente y vuelven á la obscuridad á medida que salen del ángulo de visión de la lente.

Para la aplicación práctica de este principio, Moessard ha construído para su cilindrógrafo una nueva forma de cámara fotográfica, que es la que reproduce la fig. 1.

Esta cámara, como se ve, tiene la forma de un semicilindro: el objetivo, un aplanético común muy claro y de pequeño ángulo, está colocado en la cara plana de la cámara de modo que su centro óptico coincida exactamente con el eje del semicilindro. Algunos tornillos de presión permiten ajustarlo con toda la precisión necesaria. El marco en donde se ajusta el objetivo puede girar alrededor de un cilindro cuyo eje coincide con el eje del cilindro principal, y para que pueda girar con más facilidad, la pared de la cámara que se une con el marco no es, como en los aparatos ordinarios, de madera, sino de caucho. El eje y con él el objetivo pueden girar por medio de la manecilla que se ve en la parte superior de la cámara. La imagen recibida por el objetivo surge y desaparece sucesivamente en la pared interior semicilíndrica de la cámara.

Esta pared no consiste, como en las demás cámaras fotográficas, en un cristal mate, ni es necesario, puesto que la cámara se dispone de una vez para la distancia que exige el objetivo para los objetos más apartados: de aquí que una vez dispuesto el aparato se introduce en él el correspondiente chassis ó bastidor con la placa sensible seca. Esta placa no puede ser de cristal, puesto que ha de arquearse hasta tomar la forma cilíndrica, sino de una materia flexible. El bastidor es también de un material flexible, como, por ejemplo, de goma dura. Dispuesto así todo y destapado el chassis, conforme lo indica la fig. 2, puede sacarse la fotografía, destapando el objetivo y haciendo girar una ó más veces la manecilla de un lado á otro. Para las instantáneas basta moverla una vez, colocando á cierta distancia del objetivo una pantalla con una estrecha rendija vertical: de este modo la parte de la placa seca iluminada forma una delgada tira que con gran rapidez se desliza á lo largo de toda la placa. La imagen en ésta reproducida abarca un ángulo de visión de 170 grados, casi un semicírculo.

Ya hemos dicho que con este sencillo aparato pueden obtenerse imágenes sorprendentemente bellas é imposibles de conseguir por cualquier otro procedimiento: las líneas verticales y horizontales de las mismas no ofrecen la menor incorrección, sólo las que las atraviesan en sentido diagonal aparecen un poco curvas, lo cual se explica porque han nacido en un cilindro que al copiar la imagen y al contemplarla se presenta desarrollada en una superficie plana. Así, por ejemplo, en una de las fotografías citadas, la corriente casi recta del Sena que se divisa en el fondo ofrece una curvatura no insignificante. Pero este defecto raras veces perjudica la bondad del conjunto.

Merece también consignarse que con ayuda del cilindrógrafo pueden fotografiarse desde muy cerca objetos extraordinariamente altos, para lo cual basta colocar horizontalmente el eje del cilindro, que para los demás casos se mantiene en posición vertical, y proceder del mismo modo antes descrito: por este procedimiento se han podido obtener hermosas fotografías de la torre Eiffel, por ejemplo, tomadas desde muy corta distancia.

Por su difícil construcción y por su elevado coste, comparados con el coste y construcción de la cámara común, el cilindrógrafo no es fácil que llegue á ser un aparato propio para aficionados; pero es de suponer que gracias á él se enriquecerá en breve tiempo la colección de vistas de ciudades y paisajes con un gran número de fotografías que representarán aquellas imágenes mucho mejor que las que hasta ahora hemos conocido. Las vistas panorámicas, hasta el presente poco comunes, ocuparán en lo sucesivo y mediante el cilindrógrafo un puesto preferente en las colecciones. Las imágenes obtenidas con el cilindrógrafo están respecto de las fotografías ordinarias en la misma relación que los panoramas respecto de los lienzos planos. En la actualidad se han trasladado ya sobre cristal imágenes cilindrográficas, que colocadas en forma de círculo, constituyendo un verdadero panorama, y puestas al través de la luz, producen «un efecto mágico», al decir de los que las han visto. La labor del cilindrógrafo se parece á la del ojo humano que, al contemplar un paisaje, se mueve de un lado á otro de modo que la imagen percibida abarca un ángulo de cerca de 180 grados.

(De la Revista alemana *Prometheus*)



FÍSICA SIN APARATOS. – FILTRO ECONÓMICO

En estos momentos en que la cuestión de la purificación del agua está á la orden del día, no carece de interés dar á conocer un filtro simplificado que cualquiera puede construir á muy poco coste.

Tómese una pipa de tierra de fogón grande, llénese éste con pequeños fragmentos de carbón vegetal, cegando con polvos de lo mismo los intersticios, y ciérrese la pipa con una rodaja de corcho para que no se escape de ella el carbón; antes de meter el carbón tápese con un poco de algodón el agujero del interior de la chimenea.

Si al extremo del tubo de la pipa se adapta un pedazo de tubo de caucho, se obtiene un excelente sifón. Para hacer funcionar el aparato, se hace el vacío en el sifón aspirando fuertemente por el tubo de caucho y el agua cae en el recipiente que se quiera, como nuestro grabado representa.

Es indispensable que el extremo del tubo esté á un nivel más bajo que el fogón de la pipa: si se quiere interrumpir la destilación del agua, bastará colocar en el extremo del tubo una pequeña pinza como la indicada por el dibujo que se ve á la izquierda del grabado; esta pinza es sencillamente una horquilla plegada en la forma A, B, C. Se introduce el caucho en G, y cuando se quiere que el agua vuelva á correr no hay más que apretar los extremos A y B, que al aproximarse ensanchan el espacio G y dejan libre el tubo.

***

LA CORBATA FOTOGRÁFICA

Al lado de los admirables resultados obtenidos por los sabios, hace años que los inventores se ingenian en confeccionar aparatos minúsculos que permitan á los aficionados sacar fotografías sin que lo advierta la persona que ha de ser retratada. De todos los inventos en este género realizados hasta ahora, se lleva indudablemente la palma la corbata fotográfica destinada á obtener gran éxito entre los prácticos en el arte de la fotografía. La corbata que representa nuestro grabado es ni más ni menos que una cámara obscura y el alfiler que se ve en ella un objetivo; cuando cualquiera se acerca á una distancia de 50 centímetros y hasta de un metro á hablar á quien la lleve, no tiene éste más que apretar una pera de caucho que tiene colocada en bolsillo para poseer el retrato de su interlocutor.

Este ingenioso aparato, que sirve también para tomar vistas de conjunto, ha sido inventado por M. Edmundo Bloch, y aunque no es todavía del dominio de la industria, creemos que su conocimiento interesará á nuestros lectores.

El número 2 de la fig. 1 representa la corbata ó plastrón fotográfico visto de frente tal como debe llevarla el operador; la cámara obscura metálica es muy achatada y muy ligera y debe ocultarse debajo del chaleco. El número 1 la reproduce vista por detrás, y en él aparece la cámara obscura sin su tapa para que pueda verse su mecanismo interior. En ella hay seis *chassis* minúsculos que pueden pasar sucesivamente por delante del objetivo y que permiten obtener seis clichés distintos: el instrumento puede construirse hasta con 12 y 18 *chassis*. He aquí la manera de funcionar el aparato. Puesta la corbata, se arma el obturador tirando del botón A (fig. 1, número 2) que pasa por debajo del chaleco: para cambiar la placa, se da vuelta de izquierda á derecha al botón B, que se abrocha en un ojal del chaleco como si realmente perteneciera á esta prenda. Es preciso dar vuelta á este botón hasta que se sienta el efecto de un ligero encajamiento que se produce en C (fig. 1, número 1) y que coloca la placa exactamente delante del objetivo.

Para abrir el objetivo se aprieta la pera de caucho D que se lleva en el bolsillo del pantalón: el tubo de caucho E pasa por debajo del chaleco y sirve para transmitir la acción de la mano. Para cargar el aparato se abre éste por su parte inferior, y apartando los pequeños resortes G, G, G, se colocan las placas sensibles en los *chassis* y se vuelve á colocar los resortes en su posición primitiva.

El aparato no es mucho más grueso que una de esas corbatas que los camiseros denominan *Regatas*, pues el espesor de la cámara obscura que contiene las placas es sólo de 5 milímetros. La circulación de los seis pequeños *chassis* delante del objetivo se obtiene por medio de una cadena sin fin, como lo indica el grabado número 1 de la fig. 1.

La fig. 2 representa tres retratos obtenidos con la corbata fotográfica y con el objetivo minúsculo hábilmente disimulado en el centro de un alfiler: esas pruebas tienen 4 centímetros cuadrados y son bastante claras para poder reconocer perfectamente á las personas retratadas.

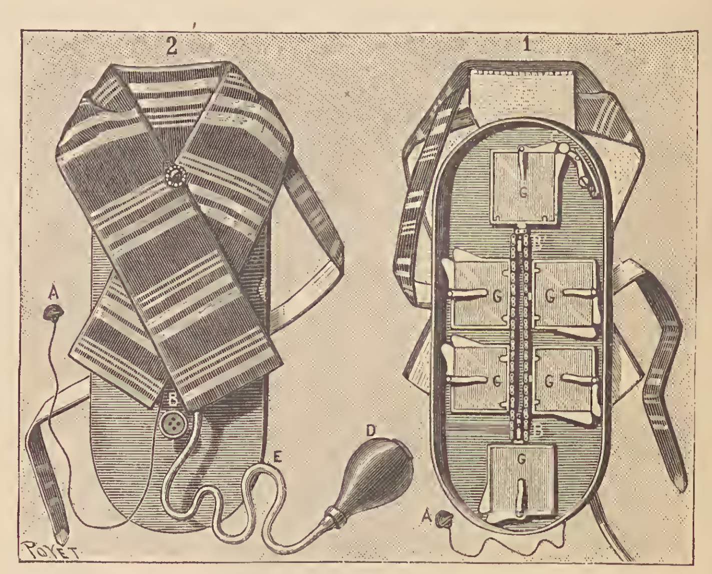


Fig. 1. Corbata fotográfica

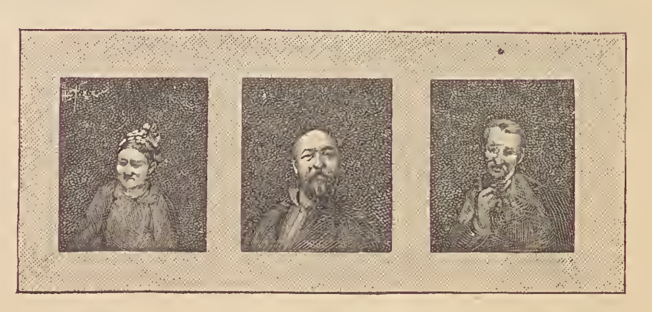


Fig. 2. Facsímile de los retratos obtenidos con la corbata fotográfica

Si este aparato puede ser bien construído creemos que está llamado á obtener un gran éxito.

Gastón Tissandier

(De *La Nature*)



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPEE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

Jocquelet, que en política profesaba las más avanzadas opiniones, distribuyó algunos fuertes apretones de manos, con aire protector, entre los hombres de Estado del porvenir, que bajo pretexto de abrir el apetito, atrapaban resfriados y gástricas para cuarenta días; luego entró seguido de Amadeo en el interior del establecimiento.

También había allí políticos, pero abundaban asimismo los poetas y literatos, en confusa mezcla y en buena inteligencia con aquéllos; aun cuando no era fácil confundir á los unos con los otros. Los políticos todos llevaban barba y los literatos melenas.

Jocquelet dirigióse sin titubear hacia la enmarañada y magnífica caballera roja del poeta fantástico Pablo Sillery, guapo joven de despierta fisonomía, que estaba negligentemente reclinado sobre el respaldo de terciopelo encarnado de la banqueta, delante de una mesa, en derredor de la que formaban corro otros tres melenudos, dignos de nuestros reyes de la primera raza.

– Mi querido Pablo, – dijo Jocquelet con su acento más mordaz, alargando á Sillery el manuscrito de Amadeo. – He aquí unos versos que me parecen soberbios, y que voy á declamar así que pueda en un concierto ó en un beneficio... Léalos usted y díganos qué le parecen... Presento á usted el autor M. Amadeo Violette... Amadeo, te presento á M. Pablo Sillery.

Todas las melenas (que servían de marco á jóvenes y amables rostros) volviéronse con curiosidad hacia el recién venido, á quien Pablo Sillery invitó cortésmente á sentarse, con la fórmula de cajón: «¿Qué va usted á tomar?» Luego se puso á leer las hojas que le había dado el cómico.

Amadeo, sentado en el borde de la silla, estaba trastornado por la timidez. Entre los poetas primerizos, Pablo Sillery gozaba de cierta reputación. Había fundado una hoja literaria, *La Avispa*, que publicaba en la primera página caricaturas de hombres célebres con cabezas gordas sobre cuerpos enanos, y Amadeo había leído algunos poemas de Sillery llenos de impertinencia y de gracia. ¡Un autor cuyas obras se imprimían! ¡Un director de periódico! Esto era enorme para el inocente Amadeo, que no sabía que *La Avispa* sólo tenía catorce suscriptores y que consideraba á Sillery como un coloso; así es que palpitándole el corazón, esperaba con angustia la sentencia de un juez tan temible.

Pero un minuto después, Sillery, sin levantar los ojos del manuscrito, dijo entre dientes:

– ¡Buenos versos!

Una ola de delicias inundó el pecho del poeta del arrabal de Santiago.

Cuando acabó de leer, el director de *La Avispa* levantóse de su banqueta y alargó las dos manos á Amadeo por encima de los vasos y de las botellas.

– Ante todo, – exclamó con alegre entusiasmo, – déjeme usted darle un buen apretón de manos. La descripción de la batalla es admirable y sorprendente; clara, concisa á lo Merimé, llena de color é imágenes superiores á las de Merimé; en fin, una cosa enteramente nueva. Mi querido M. Violette, felicito á usted de todo corazón. No puedo pedir á usted para *La Avista* este hermoso poema que Jocquelet tendrá la satisfacción de interpretar y que indudablemente tendrá extraordinario éxito, pero solicito de usted como un gran favor algunos versos para el periódico. Estoy seguro de que serán tan buenos como éstos, si no mejores. Pero debo advertir á usted que no podremos pagárselos. *La Avispa* no prospera; puede decirse que vuela con un ala rota. Para sostenerla algunos meses todavía, he tenido que recurrir á un usurero, que me ha entregado, entre otros valores, en vez del clásico cocodrilo empajado, un caballo sabio, que proviene de un circo ecuestre quebrado. Primeramente determiné montar el noble animal para ir al Bosque, mas al llegar á la Avenida de los Campos Elíseos comenzó á valsar alrededor del pilón de la fuente, y me he visto precisado á venderlo con pérdida considerable ese cuadrúpudo coreográfico. La colaboración de usted en *La Avispa* será, pues, gratuita ¡ay! como la de los demás redactores. Pero usted, M. Violette, tendrá en cuenta que he sido el primero en saludarle con el raro y glorioso título de verdadero poeta, y me concederá la alegría de haberle procurado la primera emoción que produce el olor á imprenta de las primeras pruebas. ¿Está usted conforme?

¡Que si estaba conforme! Amadeo estaba conmovido hasta el fondo del corazón por tanta bondad y cordialidad fraternal, y además tan turbado que se esforzaba en vano para encontrar palabras que expresaran su gratitud; así es que tropezó cien veces cuando quiso dar las gracias.

– No me dé usted gracias, – repuso Pablo Sillery, con su agradable sonrisa algo escéptica, – y no me suponga mejor de lo que soy. Si todos los versos de usted tienen la misma fuerza que los que acabo de leer, pronto publicará un volumen que causará sensación, y que inspirará, quizá á mí el primero, movimientos de envidia. Los poetas no valen mucho más que los otros hombres: son como la inmensa mayoría de los hijos de Adán, vanidosos y envidiosos; sólo que conservan el don de admirar, y esto constituye su superioridad y su honor. Hoy por hoy siento un gran placer en haber encontrado un mirlo blanco, un poeta original y sincero, y con permiso de usted celebraremos este buen hallazgo. No habiendo sido suficiente la venta del caballo valsador para saldar la cuenta del impresor de *La Avispa*, no estoy esta noche en fondos; pero tengo crédito en casa del tío Lebuffle, é invito á todos ustedes á comer en su fonducho. Después iremos á mi casa, adonde aguardo á otros amigos, y allí, usted,

Violette, nos leerá sus versos, todos haremos lo mismo, y tendremos una deliciosa orgía de hermosas rimas.

Esta proposición fué calurosamente acogida por los tres jóvenes de melenas á lo Clodión y Chilperico. En cuanto á Amadeo, en aquel instante hubiera seguido á Pablo Sillery hasta á los infiernos.

Sólo Jocquelet no podía acompañarlos, porque había dedicado aquella noche á una señora; y presentó excusa con una sonrisa tan de suficiencia, que



todos se quedaron persuadidos de que iba á coronarse de mirtos y laureles á casa de una princesa de sangre real, siendo así que la actual amiga de Jocquelet era sencillamenre una compañera de Conservatorio: una muchacha grandota, desgarbada, negra como un topo y llena de pretensiones, que se dedicaba á la tragedia y que no correspondía á las caricias de su amante sino después de haberle espetado el sueño de *Atalia*, las imprecaciones de *Camila* y el monólogo de *Fedra*.

Pagado el gasto, Sillery, dando el brazo á Amadeo y seguido siempre por los tres Merovingios, salió del café, y atravesando la multitud que obstruía la acera del arrabal Montmartre, condujo á sus convidados á la mesa redonda del fonducho Lebuffle, que estaba situado en el piso tercero de una casucha de la calle de Lamartine y cuyo olor nauseabundo á grasa quemada sentíase desde el portal.

Instaláronse en una mesa cubierta de un mantel notable por el gran número de manchas de vino. Dos ó tres melenudos feroces y cuatro ó cinco barbudos avanzados devoraban ya la sopa servida por el tío Lebuffle y por una criada muerta de cansancio. El nombre con que Sillery había designado al patrón de la mesa redonda debía ser un apodo, porque este obeso personaje, en mangas de camisa, atraía, en efecto, la atención por su fuerza bovina y sus apagados ojos de rumiante. Con gran asombro de Amadeo, el tío Lebuffle tuteaba á la mayor parte de sus parroquianos, y no bien los recién venidos se sentaron á la mesa, el poeta neófito preguntó en voz baja á Sillery el motivo de tanta familiaridad.

– Esto proviene de las desgracias de la época, mi querido Violette, – contestó el director de *La Avispa*, desdoblando su servilleta. – Ya no existen Mecenas ni Laureano el Magnífico, y el último protector de las letras y de las artes es el tío Lebuffle. Este bodegonero, que probablemente nunca ha leído un libro ni mirado un cuadro, es aficionado á pintores y poetas, y les permite cultivar en su casa la preciosa planta de la deuda, que al revés de los otros vegetales, erece más cuanto menos se la riega con el pago. Preciso es perdonar á este buen hombre – repuso bajando la voz – su único pecadillo de vanidad y el que le complazca mucho el ser tratado como compañero y amigo por los artistas... Los que tienen consignados en el libro del establecimiento grandes cuentas llegan hasta á tutearle, y yo ¡ay! soy uno de ellos. Pero gracias á esto, voy á hacer que beban ustedes algo que no sea tan purgante como el llamado vino de esa botella, del que aconsejo á usted que desconfíe... Oye, Lebuffle, este amigo, aquí presente, será más ó menos pronto un poeta célebre; por tanto, viejo mío, trátale como se merece y tráenos una botella de *Moulin-á-Vent*.

Inmediatamente la conversación se hizo general entre los barbudos y los melenudos. No hay necesidad de decir que... todos, los unos en política, los otros en literatura, estaban animados de las ideas más revolucionarias. Cuando se sirvieron las sardinas, que parecían estar fritas en aceite de quinqué, un terrible barbudo, la barba más negra de todas, que subía hasta los ojos de su propietario y se le desbordaba en mechones de pelo por la nariz y orejas, expresó ciertos conceptos elegíacos á la dulce memoria de Juan Pablo Marat, y declaró que *en la próxima* era al fin necesario realizar el programa del delicioso amigo del pueblo, haciendo caer cien mil cabezas.

– ¡Voto al demonio, Flambard, tienes la mano dura!, – exclamó un barbudo menos importante, uno de esos barbas que degeneran en patillas á los treinta años y se hacen del centro izquierdo ó conservadores. – ¡Nada menos que cien mil cabezas!

– Es el *mínimum*, – replicó el barbudo sanguinario.

Este nombre de Flambard hizo comprender á Amadeo que bajo aquella barba feroz se ocultaba un fotógrafo muy conocido por sus quiebras, y el joven no pudo menos de pensar que si las cien mil cabezas se hubieran colocado en el objetivo del dicho Flambard, haciendo de este modo la fortuna de su establecimiento, no demostraría tanta impaciencia por verlas gesticular en la media luna de la guillotina.

Las conversaciones que mediaban entre las melenas literarias no eran en su clase menos anarquistas. Cuando se sirvió el asado que, según las muestras, provenía del legendario animal llamado vaca rabiosa, la más larga y espesa de todas las melenas, que se esparcía sobre las espaldas de un joven novelista (que hacía gala de no peinarla á menudo), contó á los otros cabelludos el argumento de una novela, que verdaderamente debía erizarles de horror, puesto que la violación de una muerta en un cementerio y á la luz de la luna, constituía el principal episodio de aquella graciosa ficción.

Hubo entre los concurrentes una especie de emoción repulsiva, y Sillery, con una ligera expresión de enojo en la mirada, preguntó al novelista absaloniano:

– ¿Por qué diablos quieres contar esa historia?

– Para dejar pasmada á la gente sencilla.

Y nadie tuvo nada que objetar.

¡Dejar pasmada á la gente sencilla! Tal era, en efecto, la ardiente preocupación, la querida esperanza de todos aquellos jóvenes, y este deseo se descubría en sus menores palabras.

Hasta Amadeo la juzgó legítima y digna de elogio; sin embargo, no creyó, preciso es confesar su falta de confianza, que tan gloriosos esfuerzos fueran coronados por el éxito: hasta llegó á preguntarse si el carácter popular, si su misma esencia y por consiguiente su fuerza no consistía precisamente en ignorar, no sólo las obras, sino hasta la existencia de los que buscaban el modo de asombrarla, y pensaba, no sin melancolía, que cuando *La Avispa* hubiese publicado la composición diabólica del joven novelista no influiría para nada en las gentes sencillas, que continuarían apaciblemente entregadas á sus costumbres habituales, tales como la de consultar el barómetro para saber si ha pasado el tiempo variable ó exclamar entre un gran suspiro «¡Menos mal!» después de haber apurado la sopa.

A pesar de sus reservas mentales, que Amadeo se reprochaba recelando ser un impuro y despreciable filisteo, el poeta estaba encantado de sus nuevos amigos y del mundo desconocido que se abría ante él. En aquel rincón de bohemios, en donde se sentaban locas premisas y monstruosas paradojas, reinaban la frivolidad y la alegría. Había allí el hechizo soberano, la juventud; y Amadeo, que hasta entonces había vivido en su agujero oculto en la sombra, sentía dilatarse su corazón en aquella caliente atmósfera.

Después de un indigesto postre de queso y de ciruelas, dispersáronse los parroquianos del tío Lebuffle. Entonces Sillery condujo á Amadeo y á los tres Merovingios al pequeño entresuelo, amueblado á medias, que habitaba en la calle de Pigalle. A poco, una media docena de otros líricos, que también hubieran podido proveer de magníficos trofeos cabelludos á un guerrero apache, vinieron á reforzar el cenáculo, que se reunía todos los miércoles por la noche.

Muy pronto faltaron sillas; pero Sillery sacó de un obscuro gabinete una maleta vieja en la que podían sentarse dos, y como dueño de casa se contentó con instalarse á ratos con las piernas colgando en el mármol de la chimenea. De este modo la reunión pudo disfrutar de cierta comodidad relativa, sobre todo cuando una vieja de pañuelo sucio á la cabeza (la portera probablemente) instaló sobre un velador en medio del cuarto seis botellas de cerveza, vasos desportillados y en un gran tiesto un abultado paquete de tabaco con pipas y libritos de papel de fumar.

Y entre una nube de humo comenzaron á recitar versos, unos detrás de otros, como en las coplas que se cantan al fin de una boda de aldea. Nombrado por Sillery, cada poeta se levantaba sin hacerse de rogar, colocaba su silla delante de él, y apoyando una mano en el respaldo declamaba su soneto ó elegía. Varios de aquellos bardos carecían de genio y algunos eran algo grotescos. Había entre otros un jovencito de menudo cuerpo y aspecto cadavérico, que declaró en una larga tirada de tercetos que el harén de un sátrapa asiático no era capaz de saciar su ardiente sed de voluptuosidad; y un mofletudo, con buen color de provinciano recién venido, anunció en una retahila de estrofas su formal intención de morir de languidez por causa de la traición de una cortesana de marmórea frente; cuando, á decir verdad, este apacible muchacho vivía maritalmente con una sencilla hija del pueblo, bruñidora de oficio, reducida por él á la esclavitud y que le limpiaba las botas todas las mañanas antes de marcharse al obrador.

Mas á pesar de estas ridiculeces, semejante areópago, compuesto de poetas que todos sabían su oficio y entre los cuales algunos tenían verdadero talento, infundía á Amadeo gran respeto y temor, y por esto se puso en pie con la boca seca y el pecho oprimido de angustia cuando Sillery le dijo:

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Regatas á remos, cuadro de F. Vezin. – (Exposición de Munich de 1890). – Los que estén acostumbrados á presenciar las regatas en nuestros puertos, encontrarán sin duda, á faltar en el cuadro de Vezin, la animación, la vida que tanto contribuye á hacer interesante el *sport* náutico en los pueblos que, como el nuestro, necesitan dar expansión á su entusiasmo con manifestaciones más expresivas que la aprobación casi silenciosa ó revelada á lo sumo por algunos *hurras* incoloros.

Mas no se juzgue por esto defectuosa la pintura; cúlpese de esta deficiencia al carácter, á las costumbres de la sociedad de donde tomó el autor asunto para su cuadro, que, prescindiendo de éste que ya hemos dicho no es defecto, constituye un conjunto poético, agradable y pintado con maestría. Las tranquilas aguas del río, las pintorescas riberas que lo bordean cubiertas de frondosas arboledas y animadas por las tribunas en donde ondean vistosos gallardetes, las figuras, así de los actores como de los espectadores de la fiesta, todo acusa en el pintor talento no escaso para observar y conocimiento perfecto de la técnica del arte para reproducir.

El elefante y los cocodrilos, dibujos del mayor general Robley. – Cierto día un elefante acudió á apagar su sed á un estanque, y cuando saciado ya se disponía á retirar del agua su trompa, un desmesurado cocodrilo hizo presa en ésta con tal fuerza que el pobre animal se estremeció y forcejeó para librarse del temible adversario. Tras breve lucha, cuando la victoria se inclinaba á favor del paquidermo, cátate que una nueva resistencia vino á oponer mayor obstáculo á sus esfuerzos: en efecto, las mandíbulas de un segundo cocodrilo aferráronse á la cola del primero prestándole refuerzo valioso. No hubiera, sin embargo, bastado esto para dar en tierra con los bríos del elefante; pero como por arte de magia la cadena de cocodrilos fué aumentando progresivamente hasta el punto de poner en inminente peligro al gigantesco mamífero, que por fin logró hacerse fuerte enroscando su cola en el tronco de un árbol cercano. En tan comprometida situación, y para librarse de una vez de sus enemigos, apeló á su natural astucia, y resollando con fuerza soltó por su trompa toda el agua que había bebido y que al penetrar en forma de potente chorro en las fauces del primer reptil lo dejó casi ahogado y le obligó á abrir las mandíbulas y por ende á soltar su presa. Aprovechando esta favorable coyuntura el elefante huyó á toda prisa, felicitándose de la salvadora idea que había tenido.

En este relato, que como histórico y presenciado por él contó algún émulo de Manolito Gázquez al mayor general Robley, se inspiró éste al trazar los graciosos croquis que en nuestro grabado reproducimos.

El Tormento, estatua de Felipe Cifariello, dibujo de E. Ximenes. – La simple vista de esta escultura revela que se trata de una víctima de la inquisición que atado con fuertes ligaduras metálicas al banco del tormento, hace un esfuerzo supremo, y con expresión de dolor inmenso contempla la efigie del Crucificado, de ese Dios todo bondad y dulzura que los sayones inquisitoriales quisieron en vano hacer cómplice de sus abominables crímenes.

Cifariello, oriundo de Molfetta, cerca de Bari, cuenta veinticinco años: hasta ahora se había dedicado á los pequeños bronces y barros que el buen gusto ha introducido en las más ricas y aristocráticas viviendas; pero con un sepulcro poco ha levantado en el cementerio de Roma y con la estatua que reproducimos ha demostrado excepcionales dotes para obras de más vuelo, que le aseguran un brillante porvenir.

Tomás Alva Edisson, célebre electricista norte-americano. – En el número 406 de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos el retrato de este insigne inventor y con él algunos datos biográficos y noticias referentes á su morada de Menlo-Park. Hoy con motivo del hermoso grabado que reproduce al insigne sabio, creemos que interesarán á nuestros lectores los siguientes detalles de su vida y de su carrera, en los que aparece descrita la titánica labor de Edisson hasta llegar á ocupar la posición de que actualmente disfruta y á gozar de la fama universal en que hoy aparece envuelto su nombre.

Edisson nació en el Estado del Ohío en 1847. Educóse en el Michigán, y falto por completo de recursos, logró, sin embargo, adquirir una instrucción científica muy extensa.

Para atender á sus necesidades vióse obligado á ejercer en una línea férrea el oficio de *train-boy*, que consiste en vender á los viajeros refrescos, periódicos y cigarros. Contaba entonces doce años de edad, y formó el propósito, que realizó, de publicar un diario, aunque no tenía dinero, ni trató de buscar colaboradores. Al efecto, dirigió una carta al presidente de la Asociación sindical de informes telegráficos, rogándole que le dijera en qué condiciones podría recibir en las diferentes estaciones del ferrocarril de Nueva York á Chicago todas las noticias que tuviesen algún carácter extraordinario. Obtenida la autorización necesaria para recibir estos telegramas, pidió permiso al director de la compañía para instalar en un vagón una humilde prensa de mano, y durante la marcha del tren imprimió su diario, *The Great Trunk Herald*, hojita microscópica, escrita con muy pocas filigranas de estilo y que se vendía á quince céntimos.

«Las noticias que yo daba en mi hoja, dice el gran inventor, eran de un carácter tan local, que no podían interesar á ninguna persona que no fuese cualquiera de las que el tren conducía ó las que en las estaciones se hallaban.» Considerábase Edisson como un periodista importantísimo, y estaba orgulloso de los trescientos lectores que aproximadamente tenía su periódico. No contribuía poco a este orgullo el contar en su lista de suscriptores el nombre de Roberto Stephenson, el gran ingeniero.

A pesar de esto, las noticias que daba el periódico de Edisson no pecaban por exceso de interés. Limitábanse á participar los accidentes de la línea y los pocos interesantes sucesos acaecidos en las estaciones. Los caracteres de imprenta se los facilitaba Mr. Wilbur Storey, propietario del *Detroit Free Press*. A este considera Edisson como el iniciador de su fortuna.

Al principio de la guerra separatista, la situación pecuniaria del hoy inventor insigne era muy apurada. Edisson ideó un medio ingenioso de hacer que su periódico aumentase de venta. Procuróse relaciones con un impresor de la *Free Press*, y éste le facilitaba todas las mañanas una prueba del número del diario, del cual extractaba Edisson las noticias más importantes para insertarlas en su periódico. Apenas empezó á usar de este medio, publicando detalles de lo sucedido en el teatro de la guerra, la venta desde 200 ejemplares subió hasta más de 300. Un día dió nuevas de la batalla de Pittsburg Landing, llamada después batalla de Shiloh. El número de muertos y heridos se valuaba en la cifra de 60.000, y el director, redactor é impresor del *The Great Trunk Herald* comprendió que los detalles contenidos en aquella relación habían de impresionar hondamente al público. Logró también Edisson que por telégrafo se comunicase á las estaciones del tránsito el anuncio de la batalla, anuncio que había de fijarse en los tablones donde se inscriben las marchas de los trenes. Adquirió después 1.500 ejemplares de la *Free Press*, montóse en el tren y comenzó el viaje.

El telegrafista había cumplido su palabra, y el anuncio de la batalla circuló por todas las estaciones. En la primera de ellas vendía ordinariamente Edisson dos números; al llegar, asomó la cabeza por la ventanilla y vió una multitud que invadía el andén. Allí vendió 100 números á real cada uno. En la siguiente vendió 300 números á dos reales. Al final del viaje, en vista de la demanda creciente de ejemplares, expendió éstos á cinco y seis reales. Edisson dice que fué aquella la primera vez en que comprendió el poder maravilloso del telégrafo.

Con las ganancias que le proporcionó su original publicación, de la que habló la prensa norte-americana, comenzó á salir de la apurada situación económica en que hasta entonces había vivido. Día y noche trabajaba sin descanso en el furgón de un tren aquel niño, ansioso de adquirir recursos para estudiar los misterios de la electricidad. Más tarde fundó en Port-Huron otro periódico que duró muy poco y en el que no faltaron bombos y reclamos expresivos para todos los empleados de la compañía que auxiliaban al precoz periodista. Habiendo aprendido por casualidad algunas nociones de telegrafía que le enseñó un jefe de estación, á cuyo hijo había salvado la vida, presentóse á examen para ingresar como empleado de primera clase en el ministerio de telégrafos.

Consagrado al estudio de los fenómenos eléctricos, descubrió aplicaciones muy ingeniosas y cedió la explotación de las mismas á la Compañía de la Unión del Oeste, á cambio de una renta anual de 6.000 dollars. Desarrolló rápidamente su genio inventivo, y construyó multitud de instrumentos diversos, el *teléfono*, el *fonógrafo*, el *micrófono*, el *megáfono*, etc., que le dieron fama universal, aun antes de que se generalizara el uso de los mismos.

Desde hace quince años trata de resolver el problema de la división de la luz eléctrica hasta el infinito, á fin de poder suministrar á bajo precio buen alumbrado á las ciudades y las casas.

A fines de 1878 se organizó en Nueva York con un capital de 300.000 dollars una sociedad para la explotación de los nuevos descubrimientos del ilustre norte-americano.

Edisson vino á Europa en agosto de 1889 y visitó la Exposición Universal de París, acompañado de varios jóvenes compatriotas suyos, que le sirven de secretarios y ayudantes en sus trabajos electricistas. Por esto se ha dicho que Edisson no es un inventor en el sentido estricto de la palabra, sino gerente de un sindicato científico. Hoy posee un hermoso palacio en Menlo-Park, y allí continúa sus admirables investigaciones.

En enero de 1790 ha construído un nuevo aparato que denomina *linguágrafo*, compuesto de algunos tubos ó hilos de bronce y un teclado que hace funcionar cierto número de fonógramos. Un chorro de vapor al atravesar el recipiente hace sonar el aparato y produce una voz formidable, espantosa, que pronuncia, ya el nombre de las estaciones, ya el de los túneles, puentes y ríos, y avisa á los viajeros en caso de peligro.

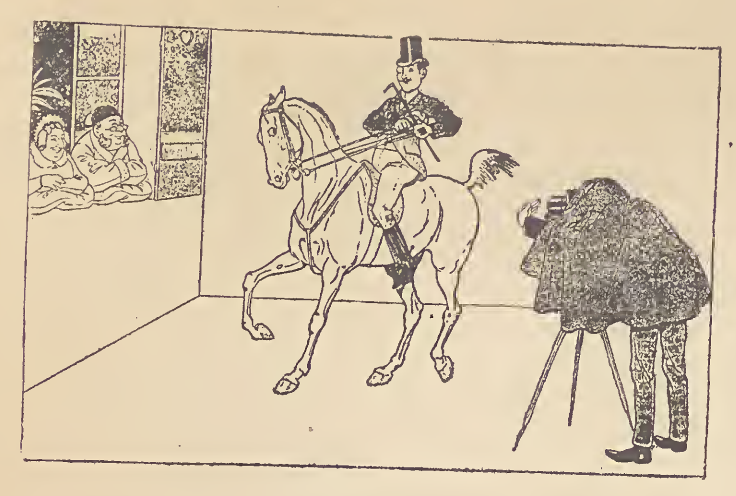
ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

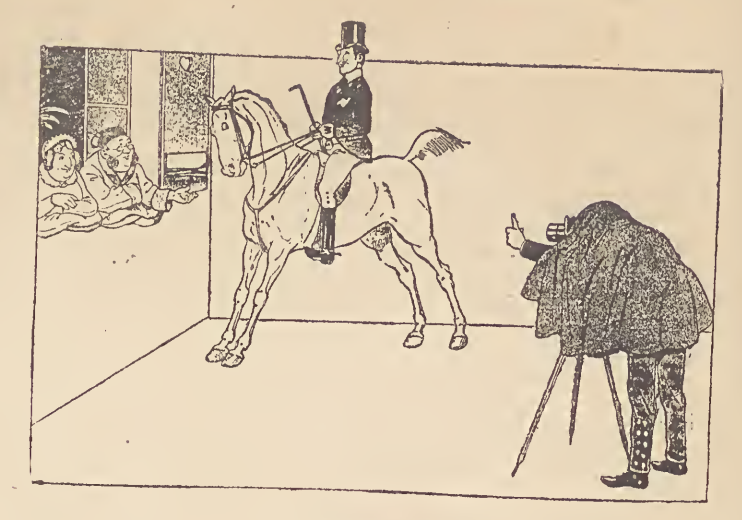
No se devuelven los originales.

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

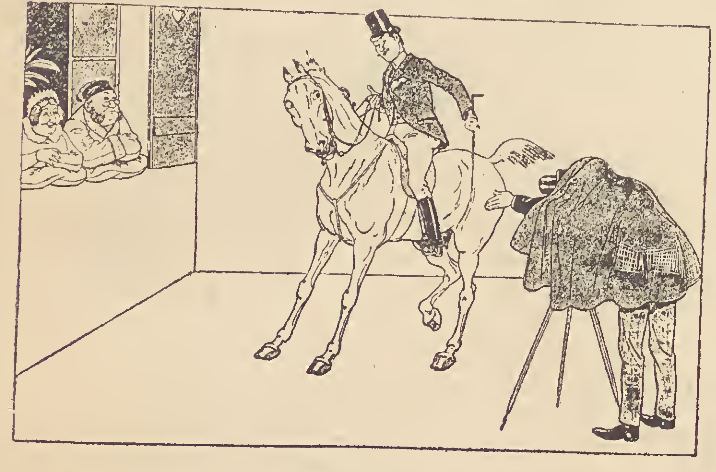
Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.



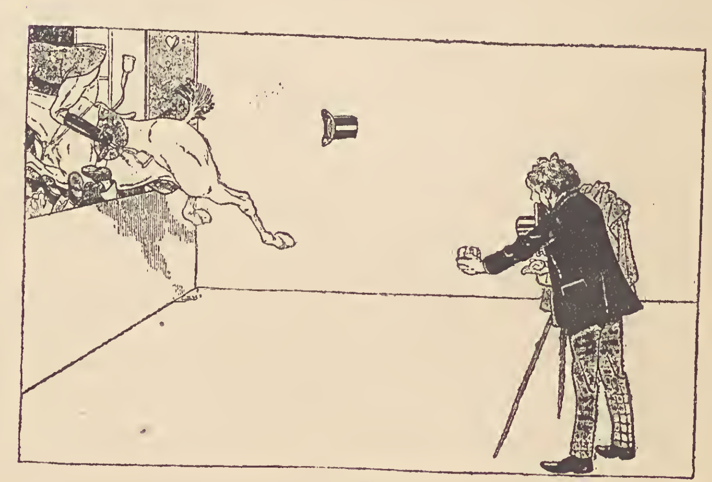
¡Alto!



Perfectamente



¿Te estarás quieto?



¡Demonio!

EL CABALLO SALTADOR Y LA FOTOGRAFÍA INSTANTÁNEA

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN